

LA ESCUELA DE POSIBILIDADES DE JULIET



Una breve
historia
acerca
del poder
de las
prioridades

Laura Vanderkam

Autora bestseller de
Qué hace la gente exitosa antes del desayuno

AGUILAR

LA ESCUELA DE POSIBILIDADES DE JULIET



Una breve
historia
acerca
del poder
de las
prioridades

Laura Vanderkam

Autora bestseller de
Qué hace la gente exitosa antes del desayuno

AGUILAR

Laura Vanderkam

LA ESCUELA DE POSIBILIDADES DE JULIET

**Una breve historia acerca
del poder de las prioridades**

AGUILAR

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Capítulo 1

Las hojas rojas y doradas de octubre brillaban mientras Riley Jenkins conducía hacia el sur por Garden State Parkway. “Bastante encantador”, pensó, pero incluso los colores del otoño no lograron mejorar su estado de ánimo. Tampoco podía reunir la energía para estar entusiasmada con su lugar de destino: el retiro de líderes de su empresa en la pequeña ciudad de Maris, sobre la costa de Nueva Jersey.

No era que le molestara trabajar un sábado. Riley no podía pensar en un sábado en el que no hubiera trabajado desde que consiguió su trabajo en MB & Company, la firma de consultoría, después de obtener su maestría en Administración de Empresas en Wharton cuatro años atrás.

No, era el costo de oportunidad de pasar su sábado con *colegas* cuando debería estar buscando *clientes*.

Después de todo, eran los clientes los que hacían que avanzaras en MB, la más exclusiva de todas las firmas. Eran los clientes quienes te daban el poder en este lugar donde ella siempre había querido trabajar. Recordó haber aprendido de su mística en una conversación informal con un profesor hace años, cuando era estudiante de licenciatura en la Universidad de Indiana y trabajaba como mesera para cubrir los costos que su beca no cubría. MB te permite trabajar con CEO. Primeros ministros. Podías resolver sus desafíos más importantes y, por lo tanto, impactar al mundo a una escala que no permiten otras carreras. No importaba si aún no tenías treinta años. Podías ganar una gran cantidad de dinero mientras viajabas en avión alrededor del mundo —en su primer año, el doble de lo que ganaban sus padres en conjunto en su mejor momento—. Consigue ser socio y te llevarás a casa millones.

Riley se enorgullecía de responder a los clientes casi al instante. En su ascenso de

cuatro años de novata promesa a gerente de proyecto a asociada, rara vez había hecho que los clientes esperaran más de una hora. Programó su teléfono para que le avisara cuando le enviaran un correo electrónico mientras conducía sus autos rentados (habiendo crecido como una niña de Indiana en un pequeño pueblo, todavía se sentía extraña con los choferes). Su asistente sabía que no debía reservar vuelos que no tuvieran acceso a internet.

Pero entonces... Su mente regresó al enfrentamiento de la semana anterior con su evaluadora. Jean la había guiado a esa horrible sala de juntas de color beige en la oficina de Nueva York que veía, afortunadamente, sólo cuando no estaba en las oficinas de los clientes. “Riley”, había comenzado ella. La mujer mayor se quitó los lentes y se frotó los ojos. Riley pronto comprendió por qué Jean temía esta conversación. Riley estaba en el grupo de “Desafíos” en el elaborado sistema de calificación de MB. Estaba por debajo de “Promedio” y sólo un paso por encima de “Se sugiere su renuncia” (MB era demasiado gentil como para *exigir* una renuncia o, en realidad, *despedir* a alguien).

Riley interpretó la escena una y otra vez en su mente mientras veía las salidas en Garden State Parkway.

—Nunca he estado por debajo del promedio en mi vida —le dijo a Jean.

—Bueno, son los “Desafíos” para MB —había dicho Jean—. Eso no significa que no seas excelente en otro lugar.

¿Era eso una amenaza? Riley no quería irse a ningún otro lado. Quería ser consultora de MB con el mismo entusiasmo con el que su compañera de cuarto en la universidad y su mejor amiga, Skip, había querido protestar por los ataques con aviones no tripulados. No podía imaginarse en ningún otro lugar que ofreciera este ritmo, esta variedad, y sí, este cheque de pago.

—No lo entiendo —había dicho Riley—. Hago todo lo que los clientes quieren. Les doy lo que piden más rápido de lo que esperan.

—Sí, sí —Jean había mirado alrededor de esa sala de juntas beige, como si pensara que alguien podría estar espiándolas. Luego bajó la voz—. Escucha, Riley. Éste es el asunto. Llevas cuatro años en esto. Recién llegada a la dirección. Todos a los que entrevisté dijeron que estás fracasando en el papel.

—Pero... —ella había empezado a protestar. ¿Fracasando? Riley Jenkins no fracasaba en *nada*.

—Riley, escúchame. Estoy tratando de ayudarte. La retroalimentación de los superiores sobre ti fue terrible. Los miembros de tu equipo dicen que estás tan desconcentrada y distraída que trabajan las veinticuatro horas del día, pero nunca saben si están trabajando en las cosas correctas. Hasta ahora podías hacer lo que los socios te decían que hicieras. Lo cual hiciste —se había quitado los lentes de nuevo y había buscado la imagen correcta—. Eres como el taladro más poderoso del mundo. Apunta a

algo y taladrarás un agujero al instante.

—Um, de acuerdo.

—Pero en este nivel debes pensar a dónde apuntas el taladro. Y francamente, tus clientes y tus colegas no creen que tengas visión. Necesitas grandes ideas. Ideas que entusiasmen a tus equipos. Ideas que los clientes ni siquiera han imaginado. Ideas que puedas sugerir, para que tengan que contratar a MB, ¿de acuerdo?

—Ya veo —había dicho Riley.

—Se trata del negocio, Riley. Ser socio significa ser capaz de vender grandes ideas —de repente, Jean había mirado a su alrededor, preocupada—. Lo siento, convencer a la gente de que necesitan contratar a MB para revisar tus ideas. No usamos la palabra *vender* aquí.

—Por supuesto —esa extraña irritabilidad de MB—. Trabajaré en eso.

—Sí. Por favor, hazlo —Jean suspiró—. Estar en “Desafíos” significa que necesito documentar cada treinta días que estás haciendo un progreso real. Si no progresas, es cuando entran en juego otras métricas.

Riley no había dicho nada. Jean jugó sus cartas muy de cerca, como los grandes jugadores del casino donde Riley trabajó un verano atrás, pero ella sabía lo que esto significaba. Si no hacía una venta en treinta días, estaría fuera.

Eso fue hace poco más de una semana. La verdad es que no tenía idea de cómo iba a encontrar espacio para la brillantez. No podía dejar de hacer lo que sus clientes y colegas le pedían, y sus demandas ya llenaban cada minuto disponible.

Llenaban minutos que no estaban disponibles. Se había quedado despierta tan tarde las últimas noches trabajando en una propuesta para su principal cliente, una cadena de cafeterías extraordinariamente moderna llamada The People’s Coffee Shops (o PCS), que su cerebro podía concentrarse en poco más que encontrar tiempo para una siesta.

Miró el GPS de su teléfono. Veinticuatro kilómetros hasta la curva. Treinta minutos antes de que llegara a este misterioso lugar de retiro llamado La escuela de posibilidades de Juliet, propiedad de la homónima ama de casa. Riley había visto los programas de televisión de Juliet de vez en cuando en los hoteles cuando estaba demasiado estresada para dormir. Cómo organizar la despedida de soltera perfecta. Cómo decorar una sala de estar por cien dólares. Aparentemente, también dirigía retiros corporativos. El grupo de liderazgo de mujeres de las oficinas del noreste de Estados Unidos había reservado un fin de semana ahí para crear un vínculo entre la cocina, la artesanía y los paseos en bicicleta a lo largo del malecón.

Riley no estaba segura de qué tan bienvenida era. Nadia, una figura de poder en la oficina de Nueva York, había dicho que iba a ser sólo para socios. Desafortunadamente, había tan pocas socias mujeres en MB que necesitaban bajar un nivel en la jerarquía para llenar el centro de retiros y así tener el lugar para ellas solas. Riley se molestó por esto y

lo añadió como una razón para no ir, junto con una vaga sensación de que no había visto a su novio, Neil, en un tiempo. ¿Una semana? No, dos... ¿tres? No parecía posible que el tiempo hubiera pasado tan rápido desde sus últimas citas en una cervecería, con Riley sintiéndose más animada por cada ronda de conversación con el brillante empresario. Él la había invitado a conocer pronto a su familia. Ella había empezado a soñar despierta con el Día de Acción de Gracias.

Luego Elsa, la directora de marketing de PCS, mencionó que era fan de Juliet. Elsa trabajaba como una supermamá de tres niños en cualquier momento en el que no estaba enfocando su atención en el agricultor que había cultivado el trigo usado en los scones de PCS. Le dijo la envidia que le daba que Riley fuera. Fue lo más bonito que Elsa le había dicho durante todo el fin de semana anterior. Riley y el equipo habían estado encerrados con ella durante dos días en otra sala de juntas beige, la reunión fue en fin de semana porque el esposo de Elsa y sus hijos estaban acampando con los Boys Scouts. Elsa tenía que reunirse pronto con su CEO; había pedido ideas para llevarle. El equipo se había movido en diferentes direcciones durante toda la semana siguiente antes de hacer una propuesta frenética para que entrara antes de las nueve de la noche del viernes. Esto fue justo después de que los hijos de Elsa se fueran a la cama, y por lo tanto cuando ella veía las cosas. Terminó de revisar sus correos electrónicos a las once de la noche. Que no hubieran escuchado nada para el sábado al mediodía no era una buena señal.

Después de unos minutos más de darle vueltas al *debemos ver el progreso en treinta días*, Riley no pudo evitarlo. Llamó al gerente del proyecto propuesto.

—Hola, Frank, soy Riley —dijo ella—. No has sabido nada de Elsa, ¿verdad?

—Oh, hola —dijo Frank. Sonaba como si acabara de despertar—. Aún no he revisado el correo electrónico esta mañana.

Riley se enfureció. Era casi mediodía. Eso era sumamente irresponsable.

—Déjame ver... Oh.

—¿Oh?

—No es bueno. Se está acercando a otras firmas de consultoría. Esto no es lo que está buscando.

Riley tomó el segundo teléfono que guardaba para poder ver el correo electrónico mientras ejecutaba otras aplicaciones en su primer teléfono. Vio que había un acotamiento y se desvió un poco mientras se detenía para buscar en su buzón de entrada. Colocó el teléfono en la parte superior del volante y se desplazó hacia abajo.

—¿Cómo pude no verlo?

—Extraño, no creo que estés copiada. Bueno, qué mal. Pero Steve... ¿conoces a Steve? Es increíble trabajar con él. Probablemente está consiguiendo algunos proyectos en otra parte de PCS. Así que ganamos algunos, perdemos otros...

Riley agarró el volante mientras volvía a la carretera. “*Pero no puedo perder algo*

ahora mismo”, pensó. Tenía tres semanas.

—Bien, gracias por hacérmelo saber —no podía mantener el sarcasmo fuera de su voz.

Mientras ponía la direccional para pasar un camión que estaba delante de ella, soltó la respiración lentamente. Riley no era una persona emocional. Pero le agradaba Elsa. La admiraba. ¿Por qué ni siquiera la había copiado? ¿Había malinterpretado todo Riley? Miró su teléfono. Era un sábado. Era presuntuoso llamar a un cliente un fin de semana. Pero tenía que saberlo.

—¿Hola? —contestó la mujer después de tres timbres.

—¿Elsa? Soy Riley. De MB.

—Oh —Riley podía oír el ruido de un partido de fútbol de fondo.

—¿Puedes hablar ahora?

—No por mucho tiempo. Robbie está jugando de portero.

Fue directo al grano.

—Acabo de enterarme por Frank de que estabas hablando con otras consultoras sobre ideas para llevarle a Jacob.

—Sí, bueno... —Elsa le gritó algo a un niño en el campo—. Para ser honesta, la propuesta que me enviaste era algo... ¿cómo decirlo? De principiantes.

Riley tuvo que frenar cuando un Prius se cruzó delante de ella.

—Lo siento, ¿dijiste *principiante*?

—Es como si no hubieras puesto nada de creatividad ni originalidad. Si quisiera escribir la maldita cosa yo misma, lo habría hecho.

—Pasamos todo el fin de semana pasado hablando de lo que querías...

—Y claramente no estabas escuchando. No puedo decir que me sorprenda. Estuviste mirando tu teléfono todo el tiempo. Y luego tratando de escuchar una llamada en conferencia con tu *departamento de viajes* mientras hablaba contigo.

—Yo... —Riley trató de recordar. Había estado arreglando un informe sobre un cliente en Atlanta y las preguntas continuas de un colega sobre la logística de una reunión en Londres que nunca ocurrió. Estaba a punto de disculparse, pero Elsa la interrumpió.

—Mira, si eso representa tu mejor idea, no veo por qué necesitamos seguir trabajando juntas —se detuvo. Riley supuso que Elsa reconoció lo duro que sonaba eso. Su lado de madre *scout* ahora necesitaba suavizar las cosas. Su voz se suavizó—. Dime, ¿vas en camino a La escuela de posibilidades de Juliet?

—Según mi mapa, estoy a veinte minutos.

—Perfecto. Una mujer tan fascinante. ¿Vas a conocerla? Asumo que tiene a otras personas haciendo los retiros...

—Una de mis colegas la conoce, así que al menos pasará a saludarnos.

—Acabo de ver su especial de comida y decoración para otoño. Hice sus tazones de cosecha de calabaza de bellota con arillos de granada, y desgrané esas hojas amarillas para hacer una corona para mi puerta. Te enviaré una foto, ¿de acuerdo? ¡*Robbie, mira la pelota! No los dejes, ¡hey! ¡Pásasela a John! ¡¡¡Sí!!! ¡Buen trabajo!* Riley, tengo que irme...

Y colgó.

Riley apretó los dientes. *Principiante*. ¿Cómo ha ocurrido esto? ¿Podrían empeorar las cosas?

Qué pregunta. Por supuesto que sí.

Capítulo 2

Su teléfono sonó antes de que pudiera volver al carril derecho. Neil. Cuando apareció el registro de llamadas —al parecer la había intentado llamar varias veces en las últimas veinticuatro horas—, se acordó: De hecho, *habían* hecho planes para esa noche. Recordó una ráfaga de correos electrónicos el martes, o posiblemente el jueves. Su mente saqueó el desorden de su calendario. ¿Cena? ¿Una película? En el apuro de inventar esa maldita propuesta para Elsa se dio cuenta de que no le había dicho que iba a ir al retiro en lugar de quedarse en la ciudad para trabajar.

Supuso que necesitaba decírselo ahora.

—Hola, Neil —dijo—. Me alegra mucho oír tu voz —era verdad. Era una presencia tranquila en medio del frenesí de MB, la única persona a la que se había atrevido a contarle, aunque fuera mediante un mensaje de texto, sobre su triste evaluación de rendimiento—. Vi que me llamaste y quería llamarte antes pero...

—Me alegra oír tu voz porque significa que contestaste —habló con cuidado, como Jean en esa sala de juntas, pero su voz tenía un tono diferente. No era un tono que Riley hubiera escuchado de él antes. Sintió cómo se le apretaba el estómago con el malestar de saber hacia dónde se dirigía esta conversación.

Trató de calmarse.

—Lo siento. He estado muy ocupada. Mi horrible evaluación me afectó...

—Sabes que yo también estoy ocupado. Todos están ocupados, Riley.

—Neil...

Algo estaba definitivamente mal. ¿Qué había hecho? Recordó de uno de sus mensajes que acababa de cerrar una segunda ronda de financiación para su aplicación de datos de salud, un pensamiento que de repente le dolió a Riley; él había querido reunirse

esa noche para brindar por el logro, pero ella dijo que no tenía tiempo. ¿Eso era todo? Se acordó de otro brindis, la noche de abril en que se conocieron. Él había entablado una conversación con ella en un bar donde estaba celebrando con sus colegas de MB después de ganar un proyecto con una importante cadena de tiendas. El cliente los había contratado por meses de trabajo. Estaba mareada con la promesa, más aún cuando este apuesto y cerebral hombre se había presentado. En lugar de conseguir su número y enviarle un mensaje de texto para invitarla a salir, simplemente la invitó a cenar la noche siguiente. En persona. ¿La gente seguía haciendo eso?

Entonces su mente volvió hacia todo lo que había fallado en la implementación. Del trabajo y con sus intentos por pasar tiempo con Neil también. *Desafíos*.

—Sin embargo, curiosamente, me las arreglo para contestar cuando me llamas. Y me presento cuando tenemos planes.

—Lo siento mucho —¿cuántas veces podría decir eso?— Quería decirte... realmente quiero verte, pero estoy en camino a Maris, en la costa de Jersey, para ese retiro del que te hablé. Estaba ahogándome con una propuesta y olvidé que no te lo había dicho...

—Oh, ¿también vas a cancelar nuestros planes esta noche? Estaba hablando de *anoche*.

—¿Anoche? ¿De qué estás hablando? —debía haberle enviado un correo electrónico; seguro perdió la notificación en medio de todo lo demás—. ¿Se suponía que saldríamos anoche?

—Recuerda, tenía entradas para la obra de Chéjov. Dijiste que querías ir. Así que, como respeto tu tiempo y me preocupo por ti, terminé mi trabajo a tiempo para encontrarme contigo ahí. Intenté llamarte varias veces, pero para el intermedio me di cuenta de que no vendrías. Al menos pude ver la segunda mitad.

Y mientras él estaba sentado afuera del teatro solo, pensó Riley, ella había estado haciendo malabares con dos teleconferencias que no lograron nada y terminando frenéticamente una propuesta con la que Elsa no quería tener nada que ver.

—Neil, tenía que trabajar y...

—No tienes que hacer nada, Riley. No tienes que saltar a lo que sea que esté parpadeando frente a ti. No tienes que dejar todo por lo que sea que parezca urgente —tosió. Luego, metódicamente, el golpe—: Esperarte anoche me dio tiempo para pensar. Me di cuenta de que aunque eres una mujer absolutamente increíble, no me interesa que me traten así. Una relación satisfactoria requiere una cierta cantidad de tiempo y respeto por la otra persona. Ninguna de las cuales parece ser una prioridad para ti en este momento.

Riley recuperó el aliento.

—¿Estás... cortando conmigo?

—Supongo que eso es lo que es. Ojalá pudiéramos tener esta conversación en

persona, pero sigues cancelando nuestros planes. O sin aparecer. Por supuesto, si pudiera hablar contigo en persona, no estaríamos teniendo esta conversación...

—Neil...

—Confía en mí, no estoy contento con eso. Pero no tenemos veinte años. No es justo para ti o para mí seguir con esto si no va a ninguna parte.

—No pensé que no fuera a ninguna parte —en un momento, los diversos semiplanes con los que Riley había soñado despierta se dispararon. Futuras vacaciones. Mirando tontamente los listados de bienes raíces juntos. Esta destrucción de su futuro previsto fue tan desorientadora que se sintió más conmovida que triste—. Habíamos hablado de visitar a tus padres en Acción de Gracias...

—Y ambos sabemos que recibirías una petición de una propuesta de un cliente europeo para el viernes, ya que no celebran Acción de Gracias, y cancelarías tus planes de reunirte con mi familia por eso.

Riley no contestó. ¿Era esto una hipótesis? La verdad es que ella le había hecho eso a su último novio el Día de Acción de Gracias. ¿Neil sabía de eso? ¿Se lo habría dicho Skip? La idea de que su mejor amiga pudiera estar advirtiéndole a la gente sobre su historia preocupó mucho a Riley. Luego, al igual que Elsa, notó que la voz de Neil se suavizaba.

—Disfruta tu retiro, ¿de acuerdo? Trata de relajarte. Creo que te vendría bien.

Y luego él también colgó. Riley se mordió el labio. Apretó los puños y trató de mantener la calma mientras las palabras breves de Neil —y de Elsa también— daban vueltas en su cabeza. ¿Cómo era posible? ¿Había *alguien* importante en su vida a quien no hubiera decepcionado?

Como si estuviera en el momento justo, su teléfono sonó de nuevo. Skip. La voz de Riley tembló cuando le dijo a su teléfono que contestara. Desde que se conocieron como estudiantes de primer año en la universidad —un extraño encuentro nocturno después de que Riley usó el extintor del dormitorio para apagar un incendio causado por un idiota que puso un cigarro en la papelera de reciclaje— se habían hecho amigas. Skip siempre había sido la idealista. Después de unos años miserables en comunicaciones corporativas había comenzado una organización sin fines de lucro para niñas de secundaria en un rincón aún no aburguesado de Brooklyn. Casi de la noche a la mañana despertó a la vida, incluso si el trabajo en sí mismo era tan estresante como para no dormir. Riley quería ser una buena amiga para Skip. Quería escuchar cuando Skip llamó llorando porque una de sus niñas hizo alguna cosa estúpida de adolescente, y porque el mundo les dio a estas niñas pocas oportunidades, una vida prometedora ahora sería marcada. Pero siempre había algo más que hacer. Estaba al teléfono haciendo sonidos alentadores para Skip, y al mismo tiempo borrando los correos electrónicos a medida que entraban.

Cuando Riley escuchó la voz de Skip se dio cuenta de que sí, que había una persona

más a quien decepcionar.

—Hola, Skip, yo...

—Escucha, Riley, tenemos que hablar. Te estuve llamando ayer.

—Lo sé, lo sé... Siento no haberte devuelto la llamada. Mi equipo estuvo trabajando todo el día para que esta propuesta llegara y...

—Riley, he estado tratando de localizarte *toda* la semana. Te dije que tengo una reunión con este posible financiador a principios de la semana que viene. No puedo decir quién, pero sería una gran conexión corporativa.

—Eso es genial, Skip...

—Sí, la conocí en esa fiesta hace unos meses. Esa beneficencia para los parques de Nueva York para la que convencí a mi antiguo jefe de que nos diera entradas. Saliste temprano para volar a Frankfurt, ¿recuerdas? Fue esa reunión que descubriste que fue cancelada mientras estabas en la pista de aterrizaje...

—Sí, Skip, lo recuerdo —peor aún: había sido una reunión interna. Esa parte del estilo de vida de los MB rara vez llegaba a los campos de reclutamiento.

—Dijo que sólo quiere financiar algo innovador. Pensé que ibas a rebotar ideas conmigo.

—Sí, lo planeé y...

—Y tu asistente, no tú, tu *asistente*, me llamó para cancelar el almuerzo del viernes —su voz sonaba más enojada que la de Elsa.

—Skip... —ahora Riley podía sentir las lágrimas que había logrado no empezar a derramar con Neil—. Tenía tantas ganas de verte. Oh, Skip, tienes grandes ideas de todos modos. No me necesitas...

—Bueno, tengo ideas, pero necesito ayuda para que los números parezcan como si alguien con una maestría en administración de empresas los hubiera revisado.

—Skip, lo siento, no puedo hacer nada bien. Neil acaba de llamar.

—Oh...

Riley estaba un poco avergonzada de este intento transparente de cambiar la conversación. Skip no podría estar furiosa si Riley estaba triste, ¿verdad? Miró en el espejo retrovisor sus ojos rojos y su maquillaje manchado.

—Él cortó conmigo.

—¿De verdad? ¿Por teléfono?

—Porque olvidé que tenía planes con él anoche. ¿Puedes creerlo?

Silencio. Riley se imaginó que Skip podía escuchar su angustia, y quería consolarla por haber sido abandonada. Pero por otro lado, su propia ira hirvió a fuego lento, y estaba a punto de rebosar.

—Bien... Lo siento si esto suena duro, pero sí, puedo creerlo.

—¡Skip!

—Es un gran tipo. Sé que soy tu amiga pero... nadie tiene paciencia infinita.

—Skip —eso dolió—. Bueno, para sellar mi destino, no había mencionado que me había ido hoy a ese retiro del que te hablé. Ya sabes, La escuela de posibilidades de Juliet. ¿En la costa de Jersey?

—Tu retiro... Así que no vas a venir a ayudarme a pensar en ideas ahora, ¿verdad?

—Tengo los próximos quince minutos por teléfono. Espera, ¿se me pasó la vuelta?

—Olvidalo, Riley. Estás ocupada —Skip tosió—. Ya se me ocurrirá algo. Sólo estoy... —se calló—. Valoro nuestra amistad. También me molesta que parezca que estoy tan abajo en la lista de prioridades para ti.

—No estás abajo en la lista, es sólo que...

Pero no había otra manera de explicarlo, y ahora no podía hacer nada más que ver cómo su GPS recalculaba una ruta por los caminos secundarios hacia la playa. Condujo a través de pantanos, cedros, y sobre un puente de piedra junto a un histórico palacio de justicia rodeado por una cerca cubierta de enredaderas de color carmesí. Las hojas brillaban aún más aquí fuera de la carretera. A lo lejos, un faro blanco brillaba contra una pequeña arboleda de álamos. Esta gloria de otoño llamó la atención de Riley. Se detuvo, agarró su teléfono y tomó algunas fotos del faro y de los árboles. Por un momento olvidó todo lo que le pesaba.

Pero sólo por un momento. Miró su bandeja de entrada, 356 mensajes no leídos. El nudo familiar en su estómago se apretó. Y luego este pensamiento: *¿Cómo podía ser tan solicitada por gente que no le importaba cuando la gente que realmente quería se había dado por vencida con ella?*

Capítulo 3

La escuela de posibilidades de Juliet se elevó un nivel por encima de las otras casas victorianas de Maris, un recordatorio de la gran posada que solía ser. Alguna vez este pequeño pueblo en la costa de Jersey atrajo a multitud de vacacionistas en el tren de Nueva York. Desembarcaban en la estación a dos kilómetros y medio tierra adentro y tomaban carruajes de espera hasta la playa, pasando por casas con pórticos majestuosos. Como en todos los lugares habitados durante siglos, la popularidad de la ciudad aumentó y disminuyó. Ahora, los vacacionistas podían volar directo a Miami. Los viejos hoteles se habían convertido en condominios, o habían sucumbido a las inclemencias del tiempo. Pero la escuela de Juliet había sido restaurada y cuidada con mucho cariño, su revestimiento rojo y blanco, sus adornos de piedra y sus buhardillas invitando al viajero a entrar. Cuando Riley le mostró al guardia su identificación y entró en el área de estacionamiento —casi vacía debido a que sus colegas preferían usar servicio de chofer—, contó numerosos pórticos que ofrecían sus propias posibilidades para soñar despierta. Un gigantesco pórtico envolvente en el nivel principal con mesas deportivas y mecedoras. Un balcón en el segundo piso ofrecía a los observadores una vista sin obstáculos de las olas. Luego vio pequeños balcones entre los aleros del tercer piso, quizá fuera de las habitaciones donde los visitantes se alojaban mientras visitaban a Juliet.

Riley sentía más curiosidad por la experta en manualidades y cocina de lo que estaba dispuesta a admitir. Durante los últimos diez minutos del viaje, hizo que su teléfono leyera la entrada de Juliet en Wikipedia. Tal vez fue para distraerse de su miseria. O tal vez, pensó, el conocimiento podría ayudarla a recuperar a Elsa. Ella y Riley podrían hacer juntas coronas de hojas pintadas, como sus colegas varones jugaban golf con sus

clientes.

El imperio doméstico de Juliet, que el teléfono había entonado, estaba tan creado desde cero como sus productos de panadería. Su única formación profesional había sido un concierto en una posada en el oeste de Pensilvania años antes. Después de que ella comenzó a trabajar ahí, el hotel obtuvo una brillante cobertura en revistas de viajes, e incluso una aprobación de un crítico de viajes notoriamente malhumorado que escribía un boletín de noticias bajo un seudónimo y viajaba disfrazado. Juliet hizo la transición de ese trabajo a hacer videos celebrando las artes domésticas. Hizo un especial de Navidad por primera vez, porque a todo el mundo le encantaba decorar y cocinar para las fiestas, y el instinto de *marketing* de Juliet parecía nacido en la Avenida Madison, no en una pequeña posada en medio de los montes de Allegheny. Ella creó sus recetas con Instagram en mente. La gente no podía evitar compartir fotos de sus preparaciones. A medida que la acreditaban, su influencia crecía. Tenía dos hijas en edad escolar, Betsy y Faye, que se convirtieron en personajes principales en el desarrollo de su marca. Un año, veinte millones de personas votaron sobre cuál de los varios disfraces caseros debía usar cada niña para Halloween. El tutorial de Juliet sobre la creación de un álbum de recortes de bebés impresionante pero fácil también había sido visto más veces desde su lanzamiento que los bebés nacidos en el mundo angloparlante. Ella aprovechó ese reconocimiento y lo plasmó en libros, en su sitio web y, por supuesto, en esta escuela, situada en la costa, ofreciendo un refugio para aquellos que buscan escapar de su vida y disfrutar de todas las formas de las artes domésticas.

Ahí, en el estacionamiento, Riley trató de componerse mientras revisaba su bandeja de entrada —ahora 415 mensajes sin leer—. Eliminó el *spam* obvio y los boletines internos obsoletos, pero vio pocas victorias fáciles. La mayoría de los mensajes era de personas reales. Tomó un trago de café de su taza de viaje. Necesitaba la cafeína para mantenerse despierta hasta tarde, terminando todos sus correos electrónicos, después de tratar de conectar con sus colegas, intentando convencerlos de que ella era el tipo de pensadora original que merecía ser socia en dos años, tratando de no pensar en el enojo de Neil o en la decepción de Skip. Miró fijamente la escuela. Tal vez Neil y Elsa tenían razón, pensó; ya que se había molestado en venir, *debería tratar de aprender algo*. Al menos, tal vez la comida sería decente. Y el vino. Podría olvidar que su vida se estaba desmoronando.

Sacó su maleta de la cajuela. Puso el seguro, se dirigió a la puerta principal y se preparó para tocar el timbre.

La puerta se abrió mientras su mano estaba en el aire.

—¡Bienvenida! —la potente voz de una mujer se elevó sobre el rugido del océano y el sonido lejano de un tren.

Riley dio un paso atrás, sorprendida. Era la misma Juliet. La reconoció

inmediatamente. Su ondulado cabello castaño rojizo enmarcaba su rostro y resaltaba sus suaves ojos verdes. Estaba vestida de manera informal: jeans, blusa negra, chamarra negra para el frío de octubre. No era delgada, aunque tampoco tenía sobrepeso. Se trataba más bien de ser sustancial. Real. Ella ocupaba suficiente espacio para tener presencia. Cuando se movió, el aroma del extracto de vainilla flotó en el aire.

—Soy Juliet —la mujer ofreció su mano.

—Riley Jenkins —dijo Riley, haciendo lo mismo.

Mientras se daban la mano pudo sentir una chispa, una energía, emanando de su anfitriona. Había algo extraordinario en la forma en que Juliet la estudió. En sus ojos, Riley podía ver a Juliet llegando inmediatamente a comprender cosas que ella misma no había logrado. Simplemente se quedaron ahí paradas, durante un minuto.

Entonces, finalmente, Juliet le sonrió.

—Sí, Riley. Fabuloso. La sala de las estrellas de mar —Riley se maravilló. ¿Es posible que esta mujer sepa dónde se alojan todos sus invitados? Riley apenas podía recordar los números de sus habitaciones de hotel. Dos veces en el último mes había vagado por los pasillos de Hyatts, llamando a la recepción para pedir pistas—. Bob, quien dirige esta propiedad, subirá tu maleta ahí. Sólo están tus colegas aquí este fin de semana, así que todo saldrá bien.

Un hombre sonriente de cabello oscuro, una barba de chivo y una camiseta de La escuela de posibilidades de Juliet se apresuró a llevar la maleta de Riley al vasto edificio. Riley siguió a Juliet a través de la puerta, notando la corona de hojas de arce y roble cubiertas de conchas que enmarcaban una escritura que ella no podía distinguir: *Siempre estás...* Quería tomar una foto para enviársela a Elsa. Desgraciadamente, el hecho de sacar su teléfono la obligó a mirar su bandeja de entrada, de nuevo 415 mensajes no leídos. No estaba más lejos de donde empezó.

Una docena de colegas de MB de Riley se sentó en sillas tapizadas de color púrpura en el salón. Un fuego ardía en la chimenea, arrojando su brillo parpadeante sobre estantes de libros y pinturas de frutas. Riley se dirigió hacia ellas, pero Juliet la detuvo.

—¿Puedo darte un *tour* rápido? Me encantaría charlar contigo antes de tu primera reunión.

Desconcertada, Riley saludó con la mano a sus colegas y luego la siguió. Esperaba una sola aparición, no que esta mujer fuera también el comité de bienvenida. Mientras caminaban por un pasillo lleno de relojes antiguos y una pieza de caligrafía enmarcada —entrecerró los ojos ante las palabras: *¿infinito?*— Juliet hizo un gesto a alguien en la otra habitación. Un hombre de pelo rojo rizado trajo una bandeja de vino caliente.

—Sólo una cosita. Puedo ver que tuviste un viaje difícil —Juliet se detuvo y le dio un vaso a Riley—. Me encanta este nuevo estilo que probaste con la ralladura de limón —le dijo al hombre—. Me ha teletransportado.

Cada taza tenía una tira de cítricos increíblemente rizada.

—Harold es nuestro gurú de la cocina —dijo Juliet—. No hay nada en Instagram sin él.

Riley tomó un sorbo. ¿Estaba su desesperación escrita tan obviamente en su cara? El líquido caliente era mágicamente calmante. Mientras respiraba, una joven pasó corriendo.

—Kylie —la llamó Juliet—. Antes de que se me olvide, por favor regístrate para esa conferencia de blogs en mayo. Arreglaremos cómo costearlo. Estoy encantada de que quieras encargarte de eso. Definitivamente te veo manejando más de nuestro contenido.

—¡Increíble! —dijo Kylie—. Betsy te estaba buscando, está en la cocina.

—¿Tiene a Rachel? —Kylie asintió. Juliet golpeó distraídamente el brazalete en su muñeca. Riley vio letras estampadas en el metal; trató de distinguirlas, pero Juliet pronto estaba reposicionando un jarrón con una ramita de arándanos de arbusto alto.

—Mi hija a veces cuida a la hija de Kylie, Rachel, mientras está aquí. Usamos a Rachel como nuestra modelo de bebé. No contraté a Kylie como mi asistente porque tuviera un bebé adorable, pero eso ha sido un bono muy apreciado. ¡Betsy! —Juliet entró en la cocina. Algunos miembros del personal estaban cortando verduras—. Oh, bien. Tienen la marinada para el pato.

—Pensé que nosotras íbamos a preparar la cena —dijo Riley. Al vender este retiro, Nadia había enviado correos electrónicos diarios prometiendo que los chefs del personal enseñarían técnicas de cocina: cortar, guisar, hacer merengues. Riley rara vez usaba una cocina ahora, pero ella y Skip habían aprendido a cocinar durante la universidad por necesidad económica—. Deseaba mejorar mis habilidades con el cuchillo.

Juliet se volvió hacia ella, evaluó si hablaba en serio y luego decidió que sí.

—Vas a ser la aprendiz de Kevin. Te irás de aquí cortando cebollas que harán llorar a la gente sólo por su belleza uniforme —luego se inclinó para susurrar—: Siempre hacemos que nuestros invitados empiecen la cena, pero tus colegas perderán interés en diez minutos, especialmente si han disfrutado del coctel. ¡Lo que queremos que hagan! Así que... tratamos de hacer las cosas lo más sencillas posible para nuestros clientes corporativos.

—Ah.

Riley supuso que un merengue podría confundir a sus colegas. Podía ver a Juliet que seguía estudiándola. Miró a un espejo en la pared, un espejo cuyo marco tenía a cada lado la extraña palabra “expectativas”. No estaba segura de lo que esperaba, pero parecía tan abrumada como se sentía. Se arregló el pelo y se frotó los ojos. Fue sólo el milagro de tener veintinueve años lo que la mantuvo presentable. Se dio la vuelta para ver los magníficos salpicaderos de piedra de la hermosa cocina, las encimeras de granito y los armarios blancos.

Una niña de diez años estaba sentada escribiendo algo en una mesa de la esquina. —¿Cómo va el ensayo, Faye? —preguntó Juliet. La niña agitó la cabeza mientras trabajaba en su tarea—. Hmm... Me pregunto si podría haber algo en nuestro viaje de la semana pasada a ese mercado en Brooklyn. Siempre ves los detalles más iluminadores —Juliet se volvió hacia Riley—. Central de comida artesanal. Pepinillos. Masa agria. Kimchi. Y una feria de artesanía en este viejo almacén también. Lo loco es que todo el mundo parece querer saber más al respecto. He hecho que Betsy y Faye escriban artículos cortos para el sitio web sobre un club de tejido de Brooklyn o una cooperativa de fabricación de queso y la gente lo devora —se encogió de hombros.

En la esquina, otra niña, que parecía tener unos doce años, sacaba fotos de un bebé fabulosamente gordo vestido con ropa de Pascua no apropiada para la estación. Sin siquiera esperar a la pregunta de Riley, Juliet dijo:

—Estamos haciendo un paquete con el tema de Pascua en muchas de nuestras propiedades para marzo, pero eso significa que el contenido se hace ahora. Betsy es una verdadera profesional en esto. ¡Su ojo para las combinaciones de colores! Ese suéter rosa y los pantalones amarillos simplemente *funcionan*.

Riley reflexionó sobre esta mujer, y cómo parecía estar contemplando las habilidades y el desarrollo de cada persona que encontraba. Tenía proyectos incalculables en marcha, pero Riley nunca había visto a nadie tan tranquilo. El contraste con su propia mandíbula todavía apretada —tres semanas, y sus colegas en esa sala la expulsarían, soltera y sin amigos— sólo acrecentó su angustia.

Mientras Juliet le mostraba los salones de manualidades, Riley volvió a ver su brazalete. Vio más letras: E-L-I-G-E.

—Enviaste tus fotos por correo electrónico para que pudiéramos imprimirlas para tu álbum de recortes, ¿verdad? —preguntó Juliet.

—Yo... —Riley sabía que a menos de que su asistente hubiera enviado fotos mientras cancelaba sus planes de almuerzo con Skip, no tendría nada.

—Diez favoritas de tu teléfono. Eso bastará. ¿Qué tal de tus últimas vacaciones?

—No recuerdo mis últimas vacaciones.

—¿O tal vez fotos de alguien especial en tu vida?

Riley imaginó que Juliet no quería decir nada con esto, pero fue un golpe en el estómago. Neil. Era tan buen partido, Riley se lamentó, que probablemente ya había conseguido una nueva cita para el sábado por la noche. Nunca iba a conocer a los parientes de los que le había hablado. Ella nunca iba a hacer álbumes de recortes sobre su tiempo juntos...

—Estoy segura de que encontraré algo más tarde... —dijo, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Oh, no es ningún problema. ¿Necesitas mirar para refrescar tu memoria?

Juliet se quedó ahí de pie y esperó, su atención totalmente centrada en su invitada. No parecía triste por este momento de quietud. De hecho, sonrió a Riley como si no hubiera nada que prefiriera hacer más que compartir este momento con ella.

Así que Riley hizo lo que se le dijo. Sacó su teléfono y trató de no mirar las fotos de Neil en esa cervecería. Aprovechó las fotos de otoño que acababa de tomar. Serían suficientes.

—Sólo dime a dónde enviar esto, y lo haré más tarde...

—Ahora tenemos tiempo. Envíalas a fotos@JSP.com y Kylie las imprimirá.

Riley levantó la vista, incrédula.

—Um, Ok... Puedo, pero no quiero quitarte tanto tiempo mientras hago esto y...

—Oh, Riley —Juliet se rió—. Tengo todo el tiempo del mundo.

Capítulo 4

Unas horas más tarde, después de una mezcla de reuniones de trabajo y clases de manualidades, las mujeres de MB se reunieron para sentarse en el bar del balcón del segundo piso, mirando hacia el mar. El tiempo había dado un giro más oscuro. Las nubes de tormenta rodaban por todas partes. Las olas se volvieron agitadas a medida que los últimos bañistas, esas almas valientes que visitaban la orilla del mar a pesar del frío inminente de octubre, empacaban sus toallas y hieleras. Las enredaderas moteadas en los postes de la cerca de la escuela revoloteaban. Las hojas rojas de los árboles y el naranja de los arbustos brillaban contra el cielo gris y el faro blanco a pocos kilómetros de la orilla, poniendo en evidencia los colores más oscuros de los pinos y cedros.

Toda la tarde, mientras estaba con sus colegas, Riley se había sentido extrañamente claustrofóbica. Estaba más consciente que nunca del tic-tac del reloj. Sólo mirando el agua encontró alivio. Ahí, todo parecía abierto. El viento hizo que el balcón se enfriara, y todas se pusieron su chamarra a medida que bajaba la temperatura, pero aun así, los colores, la naturaleza salvaje, lo convirtieron en un lugar mágico.

Finalmente Nadia se levantó para hacer un brindis. “Eso fue increíble. Algunas de ustedes tienen talentos de los que no tenía ni idea. Jean, si lo de la consultoría no funciona, podrías empezar un negocio haciendo centros de mesa. Oí a Juliet decir que podían convertirte en una estrella.”

Todo el mundo se rió, Jean incluida, pero mientras Riley sonreía, la imagen de esa sala de juntas beige se le vino a la mente. Pronto se volverían a encontrar. Revisando todo de nuevo. *Desafíos*. “Pero no me sorprende. Los consultores de MB tienen tantos talentos...”

Y así sucesivamente. Riley no podía concentrarse con su trabajo en juego. Así que

sacó su celular, 576 correos electrónicos. Abrió uno. Alguna pregunta sobre una reunión mañana. ¿Domingo? Oyó a Nadia decir su nombre, pero no tenía idea de lo que había dicho. Así que se metió el teléfono en el bolsillo y sonrió un poco, una sonrisa que podría ser apropiada para cualquier ocasión. El grupo se rió. Era una risa ligera, una risa suave. ¿O una risa burlona? No tenía ni idea. Estaba luchando con la logística de estar en una reunión el domingo, y salir de la costa de Jersey. ¿Podría volar a Atlanta para una reunión al mediodía? Miró de nuevo. No, la reunión había tenido lugar una semana antes. ¿Por qué estaba siendo copiada en este correo electrónico? Se dio cuenta de que alguien más le había dicho algo. Ella asintió, distraída. Un antiguo cliente de Londres escribió sobre tener una reunión. Había sido un dolor real. Corría hasta Heathrow, sólo para esperar durante horas y seguir trabajando. Ella había jurado no volver a trabajar con él. Pero si estaba perdiendo a sus clientes, ¿qué otra opción tenía? Podría conducir a Nueva York esa noche, trabajar en una propuesta con un equipo el domingo, y estar en Londres para una reunión a las ocho de la mañana el lunes.

Todavía estaba buscando en su desordenado calendario cuando se dio cuenta, un minuto después, de que ella y el camarero eran las únicas personas que quedaban en el balcón. El sol se puso detrás de la escuela, hundiéndose bajo los techos de las otras casas victorianas, los cedros y los caquis. El camarero guardó sus botellas. —Entraron a preparar la cena. ¿Vas a ir? O estás tratando de zafarte? —se rió—. Tengo uno o dos rezagados aquí en cada evento. La gente que cocina para su familia y no ve el atractivo de pagar para hacerlo.

—No, estaba deseando que llegara esa parte, supongo que sólo...

—Puedo hacerte algo lo suficientemente fuerte como para pasar la próxima hora si quieres quedarte aquí y disfrutar de la vista en paz.

—No, no, yo... —Riley volvió a poner su teléfono en el bolsillo, nerviosa. ¿Debería ir a Londres?

Juliet sacó la cabeza por la puerta.

—¡Bueno, ahí estás! Kevin se preguntaba adónde había ido su aprendiz. ¿Estabas en tu propio mundo?

—Sí —dijo Riley—. Pero no era un buen lugar para estar.

Juliet no se rió de esto como Riley pensó que haría.

—¿Por qué no sería un buen lugar? ¿Qué posibilidades estás imaginando?

Riley agitó la cabeza. No podía hablar de eso ahora, aunque algo sobre la mujer le hizo desearlo. Ella volvió a sentir esa energía, crujiendo por el balcón. Los ojos de Juliet eran suaves. Parecía que tenía tiempo para cualquier cosa que le dijeras.

—De todos modos, no te imaginas lo feliz que estaba Kevin de saber que al menos una persona no iba a volver al bar después de escucharlo durante treinta segundos.

Riley echó un último vistazo al oscuro océano. El agua entrecortada salpicó contra

una lancha de motor que retumbaba en la noche. Siguió a Juliet hasta la cocina, donde sus colegas estaban, como se había prometido, todas agarrando sus copas y viendo a otras personas hacer el trabajo.

Pero Riley, también según lo prometido, iba a meterse de lleno hasta dominar el cuchillo. Kevin, a quien Juliet presentó como una importación de Kyoto, le entregó a Riley el cuchillo más bonito que jamás había tenido. La empuñadura se sentía suave y sustancial en sus manos. Le enseñó a cortar, a sostener la cebolla con una palma y a mecer el cuchillo con la otra. Sus primeros cortes fueron en bruto, produciendo cubos del tamaño de dados. Hubieran sido pasables para sus guisos universitarios, pero no ahora. Kevin empujó esos cubos a un lado. Su segundo intento fue mejor; la tercera cebolla, después de picarla furiosamente, fue reducida a pedazos tan pequeños como dientes de leche. Kevin aplaudió. Riley agarró una cuarta cebolla y se apoyó en ésta. El mundo que la rodeaba, los colegas que la iban a despedir, sus pensamientos arremolinados de que Neil compartía un postre a la luz de las velas con otra mujer, todo desapareció. Se sumergió en la picada. Le dolía el brazo. Pero no le importaba. Otra cebolla. Otra. Kevin llamó a Juliet para fotografiar estas cebollas, en comparación con el montón de “antes” de su primer intento.

—Vaya, Riley —dijo Juliet con admiración—. Sabes cómo trabajar, ¿no?

—Eso es lo que hago —dijo Riley. Ella alzó la vista. Sus colegas la miraban fijamente.

“Sí —pensó—. Eso es lo que hago. No importa lo que se requiera de mí, me arremango y trabajo.”

Las mujeres de MB reanudaron sus conversaciones. El pato y las coles de Bruselas entraron primero al horno mientras dos miembros del personal vertían sopa en tazones. Bob llevó a las mujeres a sus asientos. Riley sabía que debía unirse a todas, pero con Juliet ahí de pie, mirándola, no podía alejarse. Por fin, tímidamente le preguntó:

—¿Cómo *decides* qué hacer?

Juliet reflexionó sobre esto.

—¿Te refieres a qué proyectos hacer? ¿Qué hacer en cualquier momento? ¿Qué hacer con mi vida? —tomó una copa de vino espumoso de la bandeja de Harold y se la dio a Riley.

—Cualquiera de esas opciones. Todas. Pareces tranquila a pesar de todo lo que está pasando.

Juliet asintió.

—Pienso mucho en cómo paso mi tiempo —dijo—. Veinticuatro horas al día. Ciento sesenta y ocho horas a la semana. Es mucho tiempo desde la perspectiva de encajar lo que me importa, pero en última instancia también es un recurso preciado. No puedo hacer todo, así que hago lo que encuentro más significativo y agradable para mí y para la

gente que me importa.

—Haces que suene simple.

—Lo es.

—Pero tengo 657 mensajes no leídos en mi bandeja de entrada de personas que me necesitan. ¿Cómo podría hacer sólo lo que quisiera?

—Creo que usaste la palabra *simple*, no fácil.

Riley suspiró.

—No debería estar aquí. Tengo tanto que hacer. Si no consigo nuevos clientes en las próximas tres semanas, me despedirán. Parecen agradables, pero MB es brutal con esas cosas.

—Oh, Riley —Juliet sonrió—. ¿Quizá podrías ver otras posibilidades?

Levantó el vaso y miró a Riley a los ojos. La misma extraña sensación de saber. ¿Qué podía ver Juliet? Riley asintió y se sentó, volviendo, por supuesto, a su horrible bandeja de entrada incluso antes de que terminara el plato de sopa. Nadia propuso otro brindis —826 mensajes no leídos—. ¿Cómo podía ser que esta confusión de expectativas creciera tan rápidamente? Uno de Skip. *¿Puedes hablar mañana por unos minutos? El donante quiere cambiar nuestra reunión a un café el domingo por la tarde ya que algo surgió para el lunes. Riley, ¿puedes responder, por favor?* Su intención era hacerlo. Pero no tenía nada. Cero ideas. Su cerebro se sentía forzado.

Era como si Nadia pudiera ver este desorden mental. “¡Por nuestra brillantez! —dijo ella, bebiendo un poco—. Por MB, donde las ideas llegan tan rápido que no podemos atraparlas todas.” Todos levantaron sus copas. Riley apenas podía saborear su pato, apenas podía hablar con sus compañeras de mesa. ¿Qué haría si no lograba quedarse en MB? ¿Qué les diría a sus padres, que se jactaban de su éxito ante sus vecinos? En momentos ociosos, se había visto a sí misma dirigiendo estos brindis algún día, igual que había soñado despierta con Neil. Ella quería llegar tan alto como pudiera en MB. Quería buscar proyectos y clientes que la fascinaran. Cuando fue entrevistada para su trabajo, años atrás, recordó haber hablado de llevar la capacidad de MB a temas sociales más amplios, al desarrollo de talentos, quizá, de niñas como ella de los barrios más marginados del mundo. Quería tiempo para pensar en esas cosas. Quería tener suficiente energía para disfrutar de la gente que amaba. Miró por primera vez los centros de mesa. Pequeños relojes. Y esta frase, tejida en las carpetas debajo de ellos: *El tiempo es finito*. ¿Qué pasa con este lugar? Las horas, respecto a su bandeja de entrada, estaban fuera de su control.

Se mareó, pero nadie pareció notarlo. Una mujer de la oficina de Washington, D. C., conversó sobre un viaje reciente a Napa. Sirvieron el merengue y lo consumieron, y las mujeres se dirigieron a la sala tapizada. Riley se quedó en su mesa. No paraba de mirar el reloj. Sintió a Juliet mirándola desde la puerta. No podía pasar más horas fingiendo

interés. No estaba segura de las vacaciones de los demás en el país del vino, pero no tenía espacio en medio de su tiempo finito para esas cosas. Tal vez sus colegas tenían más suerte. Tal vez conocían a gente que ella no conocía. Tal vez —nacidas en el privilegio, destinadas a títulos de la Ivy League, sintiéndose con derecho a todas las cosas buenas que les llegaban— no sabían lo que era estar constantemente probándose a sí mismas.

En cualquier caso, como dijo Juliet, Riley sabía cómo trabajar. *No* iba a ser superada en el trabajo.

Así que se escabulló de la habitación. Subió por las estrechas escaleras hasta el pasillo. Reconoció inmediatamente su habitación por la gigantesca estrella de mar en la puerta. Giró la perilla y entró. Su maleta estaba en el portaequipajes. Bob había hecho lo que pudo, pero su maleta parecía tan golpeada como ella se sentía. Riley hizo cálculos. Esa pequeña maleta de mano de cuero, elegida en lugar de una maleta de ruedas porque nunca tendría que ser revisada por la puerta de embarque, y por lo tanto siempre podría ser la primera en la línea de taxis, había pasado el equivalente a cuatro meses de los últimos cuatro años metida en compartimentos elevados. Nada de esto había llevado a nada más que probarse a sí misma por debajo de la media.

Volvió a tomar su celular: 1 074 mensajes no leídos. El pánico aumentó. Esto no podía ser posible. Era sábado. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaba alucinando? Apenas podía respirar. Miró uno al azar. Otro. ¿Iba a ir a Londres? O estaba esa cadena de tiendas de comestibles con sede en Atlanta. Podría volar hasta ahí el lunes e ir a sus oficinas. Miró por la ventana. Nubes de tormenta se reunieron en el cielo nocturno. A lo lejos, oyó un crujido de truenos. Los sonidos de abajo se volvieron más tenues. La gente caminaba, platicando, por el pasillo. Escuchó su propio nombre. Una risa. Escuchó más de cerca. “¿Viste que ni siquiera sacó la cabeza del teléfono cuando Nadia la mencionó en ese brindis?” Otra risa.

Las puertas se abrieron. Después todo quedó en silencio.

Riley escuchó el silencio durante unos minutos. Miró hacia abajo, 1 136 mensajes no leídos. El número subió como segundos en un cronómetro. Enterró la cabeza en sus manos.

Luego, después de mucho tiempo, oyó un golpe. “¿Riley? —dijo Juliet—. Soy yo.”

Capítulo 5

Riley dejó el celular. Se detuvo. ¿Qué debía hacer? No todos los días una celebridad se interesaba inexplicablemente por su vida. Sería descortés no abrir la puerta e invitarla a entrar. Supuso que siempre podía decirle a Juliet que estaba demasiado ocupada para hablar, aunque “ocupada” era claramente relativo. La parte racional de su cerebro sabía que era improbable que tuviera más en su plato que una madre soltera criando a dos hijas y dirigiendo un negocio en expansión. Y la verdad es que otras partes de su cerebro querían hablar.

Abrir la puerta sería una decisión en sí misma. Sería una decisión no pasar los próximos minutos reclutando un equipo para reunirse el domingo y analizar las necesidades de los clientes de Londres o Atlanta. Se sintió paralizada. El reloj estaba corriendo. Veinte días. No podía no lidiar con todo esto.

Sin embargo, volvieron a llamar a la puerta. Calmadamente persistente. Igual que Juliet.

—¡Riley! —llamó—. Riley, querida, estoy bastante segura de que estás ahí.

Su luz estaba encendida; no podía fingir estar dormida. Ella suspiró y abrió la puerta.

Juliet estaba ahí, cubierta de pies a cabeza con ropa de lluvia. Tenía un segundo impermeable en los brazos.

—Hola —dijo Riley, confundida. Ella había asumido de alguna manera que habría otra taza de vino caliente involucrada en esta visita—. ¿Vas a alguna parte?

—Sí —dijo Juliet—. *Vamos* a un lugar. Creo que tenemos una hora antes de que empiece a llover. La tormenta se acerca. ¿Has visto la playa en una tormenta?

—No estoy segura de que yo...

—Me encantan las noches salvajes como ésta. Noches como ésta están llenas de

posibilidades.

—O de correos electrónicos —dijo Riley—. Tengo más de mil mensajes sin leer. Probablemente hasta mil doscientos ahora que he mirado para otro lado por un minuto.

—¡O doce mil! —dijo Juliet—. Creo que tengo veinticuatro mil correos electrónicos no leídos en mi bandeja de entrada. Lo curioso es que seguirán ahí más tarde —ella le ofreció el segundo impermeable—. Ven a caminar conmigo.

—¿Vamos a salir en la tormenta?

—Tengo algo que quiero mostrarte. Tengo algo que tienes que ver —Juliet miró a Riley directamente a los ojos. Ella sonrió. No había forma de escapar de esa mirada. Riley se metió el teléfono en el bolsillo, pero Juliet hizo un gesto a su cargador en el escritorio—. Déjalo, no quiero que se moje si me equivoco con la lluvia.

A regañadientes, Riley lo dejó. Se puso el impermeable. Se sintió extraña envuelta en él, como si todo lo ajeno estuviera siendo amortiguado.

Los pasillos de la escuela de Juliet estaban tranquilos. Unas pocas conversaciones salían de algunas puertas, pero en su mayor parte las consultoras estaban trabajando solas. Juliet y Riley bajaron las escaleras y pasaron a Harold y Bob recogiendo lo de la cena. Harold sacaba dos platos a la vez del lavavajillas, apilándolos en el armario. Bob ponía la mesa para el desayuno. Juliet les susurró algo. Miraron a Riley con su gabardina prestada y asintieron con la cabeza. Riley tenía la sensación de que no era la primera vez que Juliet sacaba a un cliente en una noche de tormenta. Bob la saludó.

—¿Lista? —Juliet abrió la puerta con la corona de conchas. El guardia nocturno levantó la vista del cuartel, pero ella le hizo un gesto para que se quedara ahí. Asintió con la cabeza. Ya era bastante tarde. La playa estaba desierta. Sus hijas, altamente reconocibles, no venían con ella. Así que podrían salir solas.

Cuando salieron, el viento impetuoso le quitó el aliento a Riley. Desde el pórtico podía ver el agua oscura y entrecortada que reflejaba la luz del muelle. Las olas rompían contra los postes de madera del muelle. Furiosas cortinas de espuma bufaban en el aire. Dos personas en el malecón se envolvieron más en sus abrigos y se fueron apresuradamente.

—¡Vamos! —llamó Juliet. Ahora se reía como un relámpago en el horizonte. Treinta segundos más tarde, un ruido sordo como un tren rugió a través del pequeño centro de la ciudad. La tormenta aún estaba a unos kilómetros de distancia—. ¡Tenemos tiempo! Tenemos todo el tiempo del mundo.

Era la segunda vez que le decía esa frase a Riley. La llevó por los escalones, por la carretera y por el camino hacia el malecón. El viento aumentaba cuanto más se acercaban a la playa. En el malecón parecía que rugía a su alrededor. Otro relámpago iluminó el faro a lo lejos e hizo brillar los ojos verdes de Juliet. El pasto de la playa se dobló hacia atrás. La arena paso entre él. Juliet tomó el brazo de Riley para estabilizarla.

Parecía improbable que se pudiera escuchar algo en ese estruendo, pero cuando Juliet se acercó, su voz era extrañamente clara. Hablaba bajo. De alguna manera, los oídos de Riley podían absorberlo. Caminaron hacia adelante, más allá de la cabaña de la playa, y hacia el muelle de pesca. La noche salvaje pareció arrastrarla a algo diferente, algo extraño. Riley tuvo una idea repentina. No *debería poder* oír a Juliet tan bien. Algo extraño estaba pasando. En el horizonte, el cielo se iluminó con un brillo extraterrestre, anaranjado.

Juliet sonrió. Era una especie de sonrisa embrujadora.

—A pesar de tus logros con las cebollas, no pude evitar ver lo triste que parecías en la cena.

—Bueno, ya sabes. Acabo de perder a mi cliente más grande. La cuenta regresiva de los días hasta que te despidan te pone de mal humor.

—¿Realmente MB desearía que te fueras?

—Te sorprenderías. De acuerdo con mi evaluadora, tengo que mostrar progreso en los próximos treinta días, o seré clasificada con el temido “Se sugiere renuncia”.

—“Se sugiere renuncia” es el eufemismo más tonto que he oído en mi vida —dijo Juliet.

—¿Simplemente despides a la gente?

Se detuvo y pensó.

—No he tenido que hacerlo. Me esfuerzo mucho en contratar gente, y una vez que la gente está dentro, sé que es buena. Aunque tengan rachas lentas, sé que es algo que podemos redirigir. Paso mucho tiempo pensando en eso: cómo puedo hacer para dirigir su valioso tiempo sabiamente —Riley pensó en la crítica de Jean a sus equipos desconcentrados y sobrecargados de trabajo—. Y haciendo todo lo que puedo para retenerlos.

—¿Como dejar que el bebé de un empleado venga a la oficina?

—¿Eso te sorprendió? —Juliet miró a lo lejos—. Quiero decir, mis hijos están conmigo todo el tiempo, y ella vino un sábado para ayudar con el retiro —se detuvo—. Pero la verdad es ésta: No pierdo de vista lo que es más importante para mí. Mantener a Kylie está a la misma altura que mantener a mis propias hijas. Sé que esos veinticuatro mil correos no leídos en mi bandeja de entrada no son importantes porque ella me ha dicho que no lo son.

Riley reflexionó sobre esto. Tenía una asistente. Pero nunca había pensado en delegar eso.

—¿Así que estás preocupada por tu trabajo? ¿Eso es todo?

—¿Todo? Siempre quise trabajar para MB. Contratan a quinientas personas de un total de treinta mil que lo solicitan cada año. A todas las personas que fueron a Princeton, Harvard... no Indiana como yo. Nadie de donde crecí tiene idea de lugares

como MB... —ella se detuvo—. Pero no, no es todo. Mi novio me llamó cuando venía camino aquí y me dijo que se había acabado.

—Oh, Riley, lo siento. También lamento que haya sido por teléfono.

Riley suspiró.

—Eso fue mi culpa. Mi mejor amiga me regañó por eso y lo acepto. Había estado tratando de reunirse conmigo en persona durante las últimas tres semanas, y tuve que seguir viajando y resolviendo propuestas y cancelando nuestros planes.

—Ya veo.

—Y Skip, mi mejor amiga, está furiosa conmigo porque se suponía que tenía que ayudarla a pensar en ideas para su organización sin fines de lucro. Se reunirá con un donante potencial mañana. Algo original que tiene que ver con las niñas de secundaria. ¿Tienes alguna idea? Porque estoy tan abrumada por todo lo que se me viene encima, todo lo que la gente quiere que haga, que estoy atascada.

—Tal vez —dijo Juliet—. A veces tengo ideas. La gente cree que me especializo en las artes domésticas. Pero en realidad, trabajo en posibilidades.

—¿Qué clase de posibilidades?

—Eso —dijo ella— es precisamente lo que quiero mostrarte.

Capítulo 6

Se pararon en el muelle. Los rayos relampagueaban sobre el agua oscura, agujeros ardientes en el cielo lo suficientemente brillantes como para ser de día.

—Mira con atención —dijo Juliet en el horizonte enrojecido. Ella agitó su brazo como un mago agitando una varita—. Mira las nubes sobre el agua. Te veo a ti. ¿Te ves?

Riley no podía describir lo que había pasado. Pero algo había cambiado con esa ola. Mientras se asomaba a esas nubes girando, se *vio* a sí misma. Supuso que podría haber estado soñando. Su constante agotamiento significaba que se quedaba dormida repentinamente, pero esta visión se sentía más lúcida que las pesadillas de vuelos perdidos.

En algún lugar de este paisaje nuboso ella era mayor, podía verlo. Por lo menos veinticinco años mayor, tal vez de cincuenta y tantos años. Parecía más cansada de lo que estaba ahora. Se sentó a la mesa de la cocina en una casa lujosa, aunque indescriptible, un diseño sin nada en las paredes que la distinguiera. Una niña, de unos diez años, se sentó frente a ella.

—¿Esa es mi... hija? —preguntó Riley.

—No, es la hija de un vecino —dijo Juliet—. Tiene una pregunta para ti.

La niña se inclinó hacia adelante.

—Se supone que debo entrevistar a un vecino para obtener una insignia de Girl Scout —dijo—. Mi mamá dijo que parecías solitaria, así que vine aquí.

La verdadera Riley se estremeció. Juliet también podía ver todo esto.

—Niños —dijo ella—. Dicen... cosas perspicaces.

—Tal vez —Riley en la visión suspiró—. Tengo unos minutos. ¿Qué es lo que quieres oír?

—Háblame de tu primer trabajo —dijo la niña.

—Bueno, trabajé como mesera en la universidad y en un casino durante un verano, pero mi primer trabajo real después de la escuela de negocios fue en una empresa de consultoría, MB & Company. Probablemente nunca has oído hablar de ella, pero...

La visión se arremolinó hacia Riley, alarmantemente cercana a su edad actual, sentada en una sala de juntas beige. Reconoció una voz. Jean. Estaba leyendo una página mecanografiada con una voz muy legalista. En estos casos, las palabras debían elegirse de antemano y ser examinadas por los departamentos competentes. Podría terminar en los tribunales, y MB se esforzaba por asegurar que ningún caso tuviera la oportunidad de ir a ninguna parte debido a la negligencia del procedimiento. *“Se sugiere renuncia.”* Los ojos de Riley se abrieron de par en par. En la visión, se quedó sentada en silencio. Jean llenó el silencio. *“Sé que se supone que no debo decir nada más que lo que está en este papel, pero seamos seres humanos de verdad, ¿de acuerdo? Estás agotada, Riley. Va a ser una bendición para ti. No creo que seas feliz aquí. Está bien. No a todo el mundo le va bien con la presión. Pero tienes tres meses de búsqueda pagada. Por favor, tómate tu tiempo y averigua qué es lo que realmente quieres hacer.”*

“Ya tengo una oferta de trabajo”, dijo Riley en la visión. La visión avanzó en el tiempo, Riley en más aviones, en más oficinas tranquilas después de que todos los demás se hubieran ido a casa, y unos años más tarde, en otra sala de juntas. Otra voz. *“No es que no seas muy trabajadora...”* La voz de Riley: “Nunca tomé vacaciones en todo el tiempo que he estado aquí. He estado comprometida al cien por ciento en esto...” Otra voz: *“Por supuesto. Pero sabes que nuestra industria está en problemas. Necesitamos a alguien con grandes ideas para liderar esta sección. Y honestamente, la retroalimentación que recibimos es que cuando otros empleados hablan contigo, se estresan”*. La escena dio vueltas, y luego apareció una tercera sala de juntas. Riley y otro evaluador estaban teniendo exactamente la misma conversación. Una cuarta...

La niña escribió algunas cosas en su cuaderno.

—¿Tienes hijos?

Riley en la visión se rió.

—Oh, no, ni siquiera puedo mantener vivas las plantas. Siempre estoy tan ocupada, viajando, ya sabes, ¿no? —la niña parecía desconcertada—. Estuve casada por un tiempo —dijo Riley—. No sé por qué te estoy contando esto.

—¿Por qué le está contando esto? —preguntó la verdadera Riley.

—Shh... —dijo Juliet—. Hace tiempo que no habla con nadie. Quiere hablar. Sólo déjala.

—Pero, ya sabes, estas cosas no siempre duran —Riley en la mesa de la cocina se encogió de hombros—. Supongo que nos distanciamos, y no había nada que nos mantuviera unidos.

—Oh —la pequeña niña frunció el ceño. Riley, la de la visión, se levantó para traerle un bocadillo. Buscó en su despensa, pero no vio nada interesante.

—Lo siento —dijo ella—. Tal vez tengo algunas galletas. Estas papas fritas parecen rancias. Supongo que he estado demasiado ocupada para ir al súper últimamente. Me gustaba cocinar pero... Sólo como mucha comida para llevar. El trabajo me consume todo el tiempo y estoy demasiado ocupada para cocinar...

—No creo que me hayas hablado de tu trabajo actual —dijo la niña.

—Oh, soy... —Riley se detuvo—. Es difícil describir lo que estoy haciendo. Cosas de estrategia. No es tan emocionante. Quiero decir, es trabajo. Paga las cuentas. No se supone que sea divertido. ¡Por eso lo llaman trabajo!

—No puedo *creer* que esas palabras salieran de mi boca —se quejó la verdadera Riley. Habría odiado a cualquiera que le dijera tal cosa, y aquí estaba, gritándolo como si fuera la verdad. ¿Qué era esto? ¿Qué le estaba haciendo esta miserable mujer a esta niña?

—Sólo tengo una pregunta más. Sé que estás ocupada —dijo la niña, inclinándose hacia adelante. Ésta era la pregunta más fuerte—. De todas las cosas que has hecho en tu vida, ¿de qué estás *más* orgullosa?

Incluso en la tormenta, hubo silencio. El silencio duró. La futura Riley se sentó en esa mesa con su café, mirándolo fijamente.

—Para ser honesta, no sé —dijo ella—. Quiero decir, debe haber algo pero... *no sé*.

Con eso, la visión se desvaneció, en algún lugar del cielo oscuro. Riley no vio nada más que las olas.

Se tardó un minuto en darse cuenta de que aún estaba agarrando la mano de Juliet. —¿Qué fue eso? —dijo ella. Su voz sonaba más enojada que triste—. ¿Qué demonios fue eso?

—Una posibilidad —Juliet sonrió un poco—. Sólo una posibilidad. Supongo que no te gusta lo que viste.

—Era sombrío... era...

—¿No es como te imaginas tu futuro? No fue terrible. Estás empleada. Parece una casa cara. Tienes al menos una buena vecina.

—Sí, supongo que sí...

—Pero Riley Jenkins nunca se ha imaginado un futuro en el que viva en la calle. Es *otra* cosa lo que te molesta.

—Sí —dijo Riley, ahora más segura—. Es la falta de impacto. Es que está trabajando tan duro, pero se desliza por la vida...

—Siempre tiene mucho que hacer y sin embargo nada de lo que importa se hace. ¿Es eso?

—Mis días se sienten así ahora —dijo Riley, en silencio—. Hay tanto que podría

hacer. Hay tanto que quiero hacer. Pero siempre estoy tan ocupada y...

—Nuestras acciones determinan nuestros cursos. Cómo vivimos nuestras horas es cómo vivimos nuestra vida —Juliet se detuvo—. ¿Podría la forma en que vives tus horas llevarte a un lugar donde ni siquiera puedas decir de qué estás orgullosa? Mientras hablo contigo, veo a alguien que todo el mundo sabe que tiene mucho potencial.

—Pero hay un momento en que el potencial debe convertirse en lo que realmente estás haciendo, o de lo contrario estoy sentada en esa cocina miserable sin haber hecho nada con mi vida. Y así...

Juliet tocó su brazalete.

—¿Te gustaría ver algo más? Porque, Riley, también hay otra posibilidad.

Capítulo 7

Se volvieron hacia las agitadas nubes. Riley tomó la mano extendida de Juliet. Sintió ese crujido que ahora le era familiar. Otro relámpago dividió el cielo. Una imagen se fue reconstruyendo lentamente a partir de las piezas. Skip. Su largo pelo rubio era corto ahora. Era un corte de mujer de mediana edad, y usaba un traje de negocios en vez de los jeans y suéteres que solía llevar, pero definitivamente era Skip. Estaba seria como siempre. Se paró detrás de un podio en un escenario con enormes pancartas detrás de ella. Riley no entendía lo que decían, pero el ambiente era festivo. La gente se rió, aplaudió. Skip estaba radiante.

“Damas y caballeros, estoy encantada de estar aquí esta noche. Sí, sé que siempre digo eso. Y siempre me encanta celebrar el trabajo que hacemos, pero esta noche es especial. Estoy particularmente emocionada de pasar tiempo con mi gran amiga Riley...”

La escena se arremolinó hacia la futura Riley, sentada en una silla hacia el frente de un enorme salón. Parecía relajada. Feliz. En todos los sentidos se veía más saludable que la mujer de la cocina en esa primera posibilidad. “Todos conocen a Riley como la inspiradora CEO de MB & Company.”

—¿La *qué*? —Riley en la vida real estaba atónita.

—Silencio... —dijo Juliet—, sólo escúchala.

“A los consultores no les gusta hablar del trabajo que hacen para sus clientes, pero podemos hablar de algunas cosas. ¿Verdad, Riley? ¿Puedo hacer eso? —Skip en la visión le sonrió a su amiga—. Cuando se hizo cargo hace cinco años, Riley anunció que pondría capacidad real en unas cuantas pequeñas empresas subversivas. Dijo: ‘Mira, ya contratamos a las personas más inteligentes del mundo. ¿Por qué no podemos usarlas

para *cambiar* el mundo?’ —Skip paseó por el escenario—. Así que formó un servicio de asesoramiento para pequeñas empresas e inscribió en su mayoría a mujeres empresarias de todo el mundo en una formación similar a la que reciben los consultores de MB. El objetivo era ayudarles a hacer crecer sus negocios a más de un millón de dólares en ingresos. Las tres cuartas partes de la primera cohorte alcanzaron esa marca.”

El salón estalló en aplausos.

“Pero, por supuesto, no deberías pensar que esto es altruismo en absoluto. Ella quiere que estos pequeños negocios sean lo suficientemente grandes como para ser clientes de MB. ¿Verdad, Riley?”

Ahí, en la primera fila, Riley se rió.

“¡Algunos ya lo son!” Riley oyó su propia voz. Era muy alegre.

“Luego está el trabajo de educación internacional. Formó una brigada de consultores para ir a la docena de países con las tasas más bajas de matriculación escolar de las niñas, y trabajaron para poner en marcha el mayor número posible de prácticas óptimas. En cinco años la tasa de asistencia ha aumentado cinco por ciento en esos 12 países. Se trata literalmente de la vida de miles de mujeres jóvenes. Eso me suena más altruista, pero tal vez no. Si conozco a Riley, probablemente esté tramando que algunas de esas mujeres terminen como clientes o consultoras de MB.” El público se rió.

“Y por supuesto, está el trabajo que ha hecho por nosotros. Todos ustedes —todos nuestros donantes— saben que nos manejamos tan bien como cualquier empresa con fines de lucro. Conseguimos estrellas de oro en todas nuestras auditorías. Hacemos mucho con nuestros dólares. Ustedes saben que noventa y dos por ciento de las niñas que han pasado por nuestros programas van a la universidad. Algunos de ustedes han estado con nosotros por un tiempo, y hace veinte años, cuando nuestras primeras niñas iban a la universidad, estábamos gritando nuestra cifra de noventa y dos por ciento desde los tejados. Pero fue Riley quien nos retó a hacer más. Ella dijo: ‘Escucha, Skip. Hay muchas universidades. Cualquiera puede hacer que la gente se inscriba. El reto es conseguir que se *gradúen*’. Gracias a los sistemas de seguimiento de Riley y a las intervenciones que nos ayudó a construir, sabemos que ochenta y tres por ciento de nuestras niñas que comienzan la universidad termina en seis años. Esto es un montón de mujeres jóvenes increíbles. Y...” El público lo esperó. “¡Riley lo sabe porque sigue reclutándolas!”

Skip continuó:

“Todo esto ayuda a MB de alguna manera, pero hace mucho bien mientras tanto, así que no se lo voy a reprochar. Así que estoy emocionada de honrar a mi gran amiga Riley con este premio a los logros de toda una vida por todo el impacto que ha tenido.”

Riley vio esta visión de sí misma levantarse para recibir su premio.

—¿Es eso posible? —le preguntó a Juliet—. ¿Soy la CEO de MB?

—Bueno, ¿por qué no? —preguntó Juliet—. Alguien tiene que serlo. Es más probable que sea alguien que trabaja ahí que alguien que no lo hace. Veo posibilidades. ¿No es una posibilidad?

—Supongo, es sólo que... bueno... no ha habido ninguna mujer en la cima de MB antes. Tuvimos que extender la invitación a todos hasta niveles como los míos para conseguir suficientes mujeres para llenar tus habitaciones. Creo que todo el mundo asume que no puedes criar una familia y hacer esto y... —se detuvo—. Sé que una de estas visiones es la de mi éxito profesional, y la otra no, pero asumí que el “no” sería porque tenía que reducir mis actividades cuando tuviera hijos...

—Una falsa elección —dijo Juliet—. Absolutamente una falsa elección. La misma mentalidad que crea espacio para ideas que cambian el mundo crea espacio para relaciones reales. La mentalidad que ahoga esas ideas y su ejecución ahoga la elección de darlo todo en todas las formas de significado —Juliet esperó mientras Riley reflexionaba sobre esto. Entonces ella sonrió—. Mira más de cerca.

Riley entrecerró los ojos en las nubes sobre el agua. Intentó ver qué detalles le faltaban.

Juliet decidió ayudar a su imaginación.

—Veo a un hombre sentado en su mesa —su voz adoptó un tono ligeramente conspirativo al narrar esto—. Un hombre alto. Pelo muy rubio. Debe ser escandinavo. Supongo que danés. Un tipo guapo, Riley. ¡Parece muy atlético! ¿Quizá un ciclista?

Riley buscó la imagen que Juliet describió, pero estaba demasiado oscuro para ver a este hombre tan específico.

—Supongo que tendré que confiar en ti en eso.

—Un buen partido. ¿Y quiénes son estos jóvenes en tu mesa, mirando a su madre con tanto orgullo? Tres chicos adolescentes a los que has conseguido ponerles trajes y que se están comportando en una cena para recaudar fondos. Bien por ti. Los has criado bien. Definitivamente una sabia elección de cómo pasar el tiempo.

Riley en la playa se vio caminar en ese salón sobre el escenario para aceptar su premio. Riley, dentro de veinticinco años, abrazó a Skip, y las dos mujeres se abrazaron con afecto, nacidas de una amistad de tres décadas que no sólo las nutrió a ellas, sino a todos los que entraron en su órbita.

—OK —dijo Riley—. Esta imagen me parece improbable, no sólo que alguien calificado como “por debajo de la media” pueda ascender a la gloria, sino que los hombres que dirigen MB hayan perdido por arte de magia todo sesgo en el proceso de selección del CEO...

—No es magia —Juliet se volvió hacia la orilla—. Mi suposición es que alguien con grandes ideas se involucró en el proceso de contratación para asegurarse de que los nuevos empleados tuvieran una nueva mentalidad, y se involucró en el proceso de

promoción para asegurarse de que se hiciera de manera justa. Cuando los socios de MB eligieron a su CEO dentro de veinte años, la gente tenía ideas diferentes de cómo eran los líderes. Y conocían a un líder que ya había mostrado preocupación por sacar el máximo provecho de todos sus talentos...

Riley agitó la cabeza.

—Bueno, te creo que es una posibilidad. Como la otra posibilidad deprimente —ella escudriñó el cielo una vez más—. ¿Cuál es la diferencia entre estos futuros? ¿Hay algo que deba hacer? Ebenezer Scrooge despierta y se da cuenta de que no es demasiado tarde para elegir su futuro.

Juliet se rió.

—Para eso necesito contarte una historia diferente.

—¿Una tercera posibilidad? ¿Una Navidad pasada?

—En cierto modo —dijo—. Es una historia sobre mí.

Capítulo 8

Las dos mujeres bajaron por el muelle y entraron en el paseo marítimo. La noche se volvió más tempestuosa. Juliet giró al sur, hacia el faro. Riley luchó por mantener el paso.

—No eres la única que se pregunta sobre posibilidades improbables —dijo Juliet mientras pasaban por la escuela. Los arbustos que rodeaban el patio delantero se doblaban con el viento; la parte inferior de las hojas brillaba pálida en la luz de la lámpara. Unas pocas revoloteaban hacia el cielo. El guardia se asomó de su cabaña para ver cómo estaban. Juliet saludó con la mano, pero siguieron caminando—. Hace ocho años vivía en el oeste de Pennsylvania, un pequeño pueblo del que nunca has oído hablar, con las niñas y mi ex marido.

—Creo que Wikipedia decía algo sobre eso... —Riley se detuvo. Admitiendo que su investigación en internet fue quizá un poco *amateur*, como podría haber dicho Elsa.

Pero a Juliet no pareció importarle.

—Éramos jóvenes. Un error, tal vez. Me dio a mis hijas.

—Está eso. ¿Pero no duró?

Se encogió de hombros.

—Demasiada responsabilidad. Nos peleábamos todo el tiempo, y luego —había estado de mesera unas horas por la noche y los fines de semana cuando él podía estar en casa— llegué a casa una noche y no estaba en casa. Dos niñas, sentadas frente a la televisión en nuestro departamento, solas, esperándome —Juliet se estremeció ante el recuerdo.

Riley no estaba segura de qué decir, pero parecía que Juliet no quería que dijera nada. Así que se quedó callada.

—De todos modos hubo comparecencias ante el tribunal y un abogado que no podía permitirme, pero todo eso sucedió después. En ese momento creo que me quedé temblando y llorando en la cama durante un día. Entonces Faye vomitó, así que tuve que levantarme de la cama para lavar la ropa. Cuando fuimos las tres a la lavandería, encontré ahí a una mujer que también había estado llorando. Pensé que sería mejor hablar con ella. Resultó que estaba molesta porque su mamá ya no podía cuidar a sus hijos durante el día mientras ella trabajaba. Yo necesitaba a alguien por la noche. Decidimos turnarnos.

—Vaya golpe de suerte —dijo Riley.

—Me dio tiempo. También me dio mis mejores ideas de manualidades. Entretener a cuatro niños pequeños todo el día no es fácil —se quedó callada por un minuto—. Pero de todos modos, sobrevivimos. Y cuando me instalé en esa vida empecé a tener todas estas ideas para el restaurante en el que trabajaba. Nuevos elementos del menú. Cambios de decoración. Mi mánager no tenía ningún interés, así que le contaba mis ideas a cualquier otra persona que me escuchara. La única persona a la que le importaba era un señor que empezó a ir con amigos todos los jueves.

—¿Sí?

—Era dueño de una pequeña posada en las afueras de la ciudad. Había oído hablar del lugar. Era más lujoso que cualquier otra cosa en el área. Escuchó mis ideas durante seis meses y luego me preguntó si estaba buscando trabajo. El gerente de su hotel había renunciado y él necesitaba a alguien. Así que las niñas y yo nos mudamos a la cabaña del portero. Mucho mejor opción. El dueño estaba de acuerdo con que yo trabajara mientras ellas estaban en el kínder, o mientras jugaban en el patio. A menudo querían ayudarme. Ahí es donde aprendieron a decorar, a planear los menús... —miró atrás, hacia la escuela—. Empezamos a aparecer en revistas de viajes. Una pequeña joya en el oeste de Pennsylvania. Estaba tan agradecida.

—¿Y?

—Y entonces mi felicidad se convirtió en miseria, porque dejé de preocuparme de que nos fuéramos a morir de hambre. Empecé a pensar en las posibilidades: Mi *propio* negocio. Mi propio imperio de las artes domésticas. Mis propiedades. Un centro de retiros ubicado en un viejo hotel junto al mar, el cual vi anunciado para la venta en el *Wall Street Journal*. Me enfadé conmigo por pensar en estas cosas.

—¿Por qué?

—¡Porque no tenía tiempo! Estaba demasiado ocupada.

—*Estabas ocupada.*

—¡Sí! Tenía dos hijas pequeñas. Era madre soltera, recién escapada de la penuria. Y siempre había algo más que hacer por la posada. Se me ocurrió un paquete que podría vender a las revistas. Follaje otoñal. Los mejores jardines del oeste de Pennsylvania.

Rehíce cada habitación de esa posada con un tema diferente. Así que había un millón de contratistas, y todos los correos electrónicos sobre las reuniones con ellos, y los -presupuestos, y el tiempo que no fue consumido por eso, lo pasaba averiguando cosas con las niñas.

—Sentir que estás constantemente atrasada...

—Quería pensar en mi negocio, pero llegaba al final del día y no quedaba tiempo.

—Pero aquí estamos —Riley miró a Juliet—. Entonces, ¿qué pasó?

—Me quejaba de la falta de tiempo con una de nuestras amas de llaves. Ella había estado ahí desde siempre. Nunca decía mucho, probablemente es la razón por la que me quejaba con ella. Yo balbuceaba y ella seguía limpiando los mostradores. Pero una noche ella me detuvo. Recuerdo que era una noche lluviosa y tormentosa como ésta. Las niñas estaban viendo una película en el salón mientras yo teóricamente limpiaba mi bandeja de entrada. Ella levantó la vista después de limpiar los mostradores y dijo: “Has estado hablando de este negocio que quieres comenzar durante los últimos cuarenta y cinco minutos. Y hablaste de él el martes por la noche durante treinta minutos”.

—¿Había llevado la cuenta?

—Supongo. ¿Quién sabe? Pero escuché la pregunta que ella estaba haciendo con ese reproche: ¿Qué otra cosa podría haber hecho con ese tiempo que pasé quejándome de mi falta de tiempo?

—¿Empezar a escribir un plan de negocios?

—Tal vez. Pero mientras balbuceaba sobre eso, ella me miró a los ojos y me dijo que si alguien me ofreciera medio millón de dólares para comenzar mi negocio con la condición de que yo produjera un plan de negocios viable, probablemente encontraría el tiempo para hacerlo. Yo protesté que no había medio millón en oferta, y ella me dijo que nunca lo habría si no empezaba. Podía fingir que alguien estaba ofreciendo el dinero. Eso lo convertiría en una prioridad para mí. Y entonces ella dijo esto. Recordaré estas palabras para siempre.

—¿Sí?

—“No tengo tiempo” significa “no es una prioridad”. Siempre tenemos tiempo para lo que nos importa —Juliet se detuvo—. Lo escribí. Escribí esa frase una y otra vez. *Siempre tenemos tiempo para lo que nos importa.*

—¿Pero es eso cierto?

—¿No lo crees?

—Tenías un millón de cosas en marcha. Tengo un millón de cosas en marcha. De acuerdo, probablemente menos que tú con dos niñas pequeñas, así que tenías dos millones de cosas en marcha. No podemos simplemente *no hacer* las cosas que otras personas esperan que hagamos.

—¿Por qué no?

Era una buena pregunta. Riley lo pensó.

—En mi caso, porque trabajo para una empresa. Me pagan mucho. Más de lo que una chica de un pueblito de Indiana como yo podía esperar. Y por eso necesito cumplir con lo que se espera de mí.

—Estoy de acuerdo en que tenemos que dar resultados. Esta noche he visto que estás dispuesta a arremangarte cuando se te presenta un desafío. Pero ¿tienes claro lo que se espera de ti?

—¿Qué quieres decir? Necesito hacer lo que mis clientes y colegas me dicen y...

—Tal vez. A menudo es más fácil cumplir con las expectativas que están destellando frente a nosotros en lugar de las que son más importantes, pero más nebulosas. Y aquí está la cosa: puede haber infinitas expectativas. Aunque nunca duermas, no podrías satisfacer todas las expectativas de tu jefe, tus colegas, tus clientes, tus amigos, tu familia, tú misma. No se puede hacer todo; la elección de satisfacer una expectativa es siempre una elección de no satisfacer otra —Juliet se detuvo—. La difícil verdad en esto es que a veces necesitas decepcionar las expectativas obvias de alguien para eventualmente alcanzar otras más grandes.

Riley reflexionó sobre esto.

—¿No respondas el correo electrónico inmediatamente para tener espacio para pensar en un problema más grande? ¿No accedas a una reunión sólo porque estás disponible si no es el mejor uso del tiempo de nadie?

—Tal vez. Y a veces, cuando somos honestos con nosotros mismos, algunas expectativas son autoimpuestas. O tal vez tenemos puntos ciegos. Como señaló el ama de llaves, encontré tiempo para quejarme de todo lo que no tenía tiempo de hacer —se quedó pensativa—: Recuerdo que estaba ahí de pie escribiendo estas palabras de la señora de la limpieza cuando señaló otra cosa. “¿Recuerdas cuando el río se desbordó después de la tormenta? ¿Recuerdas cuando inundó el sótano?” Habíamos tenido esta horrible húmeda maldición unos meses atrás. Pasé horas haciendo que me cambiaran las alfombras. “¿De dónde vino ese tiempo?”, me preguntó. “No hiciste más tiempo. Y sin embargo, si el sótano no se hubiera inundado, también habrías dicho que estabas ocupada esa semana, porque el tiempo se habría llenado de otra cosa. Cuando el sótano se inundó, desechaste esa otra cosa porque no importaba.” Y aquí es donde me atrapó. Ella dijo: “Podrías haber elegido desecharlo sin que se inundara el sótano. Puedes averiguar qué es importante para ti y tratarlo como un sótano inundado”.

—En otras palabras, tú decides que es lo suficientemente importante para hacerlo *ahora*.

—Pensé que había algo en lo que ella dijo. Y esa noche, mientras Betsy y Faye miraban *Buscando a Nemo*, probé este experimento mental. No sé si es cierto que tengo tiempo para lo que me importa. *Pero ¿y si me comportara como si fuera verdad?*

—¿Si te dijeras que tienes todo el tiempo del mundo?

—¡Esa frase! Has estado escuchando. ¿Y por qué no? Tengo tanto tiempo como cualquier otro. Las prisas me hacían sentir apurada. Decirme que no tenía tiempo me hacía sentir que no tenía tiempo. Cuando me dije que tenía tiempo para lo que importaba, algo cambió. Vi que podía olvidar la angustia existencial de mi situación y simplemente sentarme en mi computadora durante la siguiente hora y escribir. Así que lo hice. La noche siguiente hice lo mismo. Un contratista canceló al día siguiente, y en lugar de volver al correo electrónico, pasé tiempo analizando los servicios que podía proporcionar, y cómo construiría mi marca.

—¿Y finalmente diste el salto?

—Empecé algunas cosas por mi cuenta. Mi blog. Intenté hacer seminarios en línea. Hice que las niñas filmaran mis primeros videos. Usaron un tripié. No podía creer que tuviéramos tráfico en el sitio. Recibí correos electrónicos sobre patrocinios y posibilidades de anuncios. Quiero decir, muchas peticiones. Era como un mensaje del universo. Finalmente tuve que hablar con el dueño de la posada.

—¿Por qué te estaba consumiendo demasiado tiempo?

—La razón más inmediata era que necesitaba permiso para tomar fotos de los proyectos que había hecho en la posada. Pero lo gracioso es que el día antes de que planeara hablar con él, me contactó un productor del programa *Today* preguntándome si tenía un video de mí cocinando. Pensaron que yo podría cubrir un segmento mientras la persona de siempre estaba de vacaciones. No tenía nada profesional. ¿Qué iba a hacer? Y luego me reuní con el dueño de la posada, y él quiso saber más.

—Y tenías un plan de negocios.

Así es. Lo miró y unas horas más tarde dijo: “Esto es bueno. Vas a ser grande, y yo quiero invertir en esta compañía. Tengo amigos que quieren invertir en esto. ¿Podemos?” Mencioné que podrían empezar contratando a un camarógrafo que no tuviera seis años.

—Así que el escenario hipotético que la ama de llaves propuso se hizo realidad.

—Algo no muy lejano, una vez que decidí pasar mi tiempo en formas que ayudaron a hacer realidad esa visión. Por supuesto, al dirigir un negocio, siempre hay más cosas que podría estar haciendo. Más correos electrónicos. Más gente que quiere reunirse. Más proyectos. Las decisiones son *difíciles*.

—Sí —dijo Riley—. Las expectativas son infinitas...

—Pero sigue siendo lo mismo que ella me dijo. Tengo que ver la visión de la vida que quiero. Tengo que preguntar de cada minuto, de cada decisión, de cada obligación que elijo asumir: ¿Esto me está acercando a esa visión? ¿O lo hago sólo porque está ahí? Después de un tiempo formulé mi propia versión de su visión. Lo inscribí en todas partes:

Las expectativas son infinitas.
El tiempo es finito.
Siempre estás eligiendo.
Elige bien.

—Miro esa declaración cuando me despierto. La miro cuando me acuesto. Está por toda la escuela. ¿La has visto?

Riley pensó en las frases de los relojes, el espejo, la puerta.

—Vi fragmentos...

—Ahora sabes que hay que mirar. Y cuando sabes que hay que mirar, lo verás.

Ella levantó su brazalete, y mientras el rayo del faro pulsaba a lo lejos, Riley pudo ver las palabras grabadas en él: “Elige bien”.

—Lo miro cuando decido tener una conversación difícil con un empleado en lugar de enterrarme en mi bandeja de entrada. Pienso en esto cuando fijo mis metas trimestrales cada año, cuando planifico mis semanas, al pensar sobre mis prioridades laborales, mi metas familiares, y lo que necesito hacer para ser una persona completa. Las expectativas son infinitas. Podría llenar cada minuto. Todos podríamos. Por lo tanto, la única manera de hacer algo grande en la vida es elegir cuáles expectativas, incluyendo mis propias expectativas, son dignas de este recurso limitado en última instancia.

Capítulo 9

Juliet y Riley estaban ahí, mirándose fijamente. Ninguna de las dos dijo una palabra. Luego, después de lo que parecían horas, un trueno las sacó de su silencio. La tormenta estaba casi sobre ellas. Juliet se dio la vuelta y empezó a correr, aún más rápido que antes, hacia la escuela. Riley corrió para alcanzarla. Unas gotas de lluvia cayeron sobre su cara. Ella apretó más el abrigo.

—¡Creo que será mejor que pasemos los próximos minutos eligiendo huir! —gritó Juliet.

Se precipitaron por el paseo marítimo. La lluvia cayó más fuerte. Se aceleró de gotas a diluvio. Pronto fue tan fuerte que apenas podían ver. Corrieron más rápido, salpicando, a lo largo del malecón, movidas por el vendaval, a través del camino, a través del patio delantero de la escuela, donde el guardia estaba parado en la choza con su linterna, esperándolas. Asintió, aliviado. Agitó la cabeza mientras corrían, empapadas, hasta el pórtico.

La lluvia caía casi de lado. Cuando Juliet abrió la puerta con la corona de hojas, hizo volar las hojas hacia adentro.

—¿Estás bien? —dijo Juliet mientras estaban de pie, goteando, sobre la alfombra.

Bob, que parecía más preocupado de lo normal, corrió con las toallas. Riley se secó el pelo empapado. Cualquier ropa que hubiera estado dentro del impermeable estaba seca, aunque la parte inferior de sus jeans estaba completamente mojada. Ella miró a su alrededor para darle la toalla a Bob y se dio cuenta de que había reaparecido con tazas de té caliente.

—¡Para calentarse! —dijo, y se dirigió a Riley—: Ella está realmente loca. ¿Sabías eso? Debería haberte advertido.

Juliet se rió.

—Tal vez loca —dijo ella—. Sólo un poco diferente a un retiro corporativo promedio. Pero la traje de vuelta a salvo. Y sólo nos fuimos cuarenta minutos. Un poco menos que eso.

Riley buscó su teléfono en el bolsillo y luego recordó que estaba en su habitación. Miró a su alrededor y vio un ornamentado reloj de piso en la esquina. Ahora que sabía mirar, vio las palabras claramente. En las campanas mismas. *El tiempo es finito*.

Juliet tenía razón. Treinta y ocho minutos. ¿Había pasado tan poco tiempo? Sentía que habían pasado horas. Su mente giró. Ella tomó su té.

—Bueno, gracias —le dijo a Juliet—. Te agradezco que... me hayas enseñado todo.

—Por supuesto —dijo ella—. Cuando quieras. Tengo...

—¿Todo el tiempo del mundo?

—Por supuesto —golpeó su brazalete—. Me encanta ver las posibilidades.

Riley asintió con la cabeza y llevó su té al cuarto de estrellas de mar. Cerró la puerta detrás de ella, se cambió los jeans mojados por unos pants y se sentó en su cama. Miró fijamente al pequeño balcón con sus pocas macetas de arbustos bien escondidas de la lluvia. Miró el arte en la pared, todas las fotos de estrellas de mar. En grande. En pequeño. Seguramente grabadas en algún lugar de cada imagen estaban estas palabras:

*Las expectativas son infinitas. El tiempo es finito. Siempre estás eligiendo.
Elige bien.*

¿Qué iba a hacer ella con esto? Quería hablar con alguien, pero Neil se había alejado de su caos. Skip también, al menos hasta que Riley se redimiera. Se imaginó a Juliet decidiendo, en esa pequeña posada en el oeste de Pennsylvania, que quería cosas más grandes en la vida. Riley se imaginó a sí misma eligiendo cómo usar sus minutos para poder llevar esta vida a buen término. Entonces reflexionó sobre estas visiones de su propio futuro. Se sintió en ese salón de eventos triunfante. Y se sintió en esa cocina solitaria. Estas dos imágenes se enredaban entre sí, los colores y las palabras se difuminaban en una sola lucha. Era demasiado. Riley sabía lo que le reconfortaba cuando no sabía qué hacer. Levantó el teléfono y empezó a revisar los 1 247 mensajes no leídos que estaban apilados. Una reunión en Ginebra en diciembre a la que alguien más asistiría. Un recordatorio sobre el procedimiento de archivo correcto para las plataformas de diapositivas. La pregunta de alguien sobre la falta de crema para café en el refrigerador de la oficina, con una nota de seguimiento confesando que estaba ahí, que simplemente no la había visto. La lectura, el borrado, el reenvío a alguien con una información. Fue muy tranquilizador. Tan satisfactorio ver ese número reducirse: 1 225... 1 214... 1 203.

Entonces, de repente, la habitación se iluminó, tan brillante como el día. Un trueno sacudió el techo. Riley oyó otro crujido. La lámpara parpadeó. El despertador de la mesita de noche parpadeó. Todos los pequeños zumbidos que componían la música de fondo de la vida moderna se quedaron en silencio. La energía se había ido. La habitación estaba negra como el carbón. Pero mientras Riley se dirigía hacia su maleta, con la intención de sacar su pequeña linterna de viaje, vio algo que brillaba afuera.

“¡Oh!” Recuperó el aliento. El árbol cerca de su ventana estaba ardiendo. Las llamas crepitaban de las partes más secas escondidas por las hojas de otro árbol. El rayo... ¿lo golpeó? Una ráfaga de viento llevó al aire un puñado de las hojas ardientes...directo al balcón de Riley.

Vio cómo los arbustos empezaban a arder. Protegidas por el techo, las plantas debían estar secas. Las llamas subieron corriendo por los tallos. Ella anduvo a tientas con su linterna hasta que encontró el teléfono fijo en su mesa. Vigilando el fuego, llamó a la recepción.

—¿Hola? Hola, soy Riley, del cuarto de estrellas de mar...

—¿Riley? —era Juliet—. ¿Necesitas una linterna? Hay una...

—¡El árbol fuera de mi ventana está en llamas! Algunas de las hojas cayeron en el balcón, las plantas están ardiendo...

—¿Estás bien? Llamaré a los bomberos. ¿Qué tan grandes son las llamas junto a tu habitación?

Riley trató de mantener la calma.

—Más grandes de lo que eran hace un segundo.

—Bien, asegúrate de que tus vecinas estén despiertas, ¿de acuerdo? Sácalas por si se extiende. Estoy subiendo.

Riley salió corriendo por la puerta. Iluminó con su linterna el pasillo. Todo estaba tranquilo. Tres puertas. Golpeó la primera.

—¡Hey! —gritó—. Hay un incendio. ¡Tienes que salir!

Nadia abrió la puerta, adormilada.

—¿Qué?

—Mi balcón está ardiendo. Tenemos que evacuar... dirígete a las escaleras. A la sala de estar, a menos que te digan algo diferente ahí abajo.

Ella fue al siguiente cuarto. Y al siguiente. Dos mujeres adormiladas más se tambaleaban por el pasillo. Riley revisó su alrededor. Tenía que haber un extintor en alguna parte. Miró a la vuelta de la esquina hacia la escalera. Ahí estaba. Lo agarró, justo cuando escuchó pasos en las escaleras. Bob y Juliet subieron corriendo.

—¡Aquí dentro! —Riley llamó. Al abrir la puerta, el olor a humo se hizo más fuerte que antes. Bob agarró las cosas de Riley y empujó su maleta al pasillo.

—Creo que podemos lograrlo —gritó Juliet—. El extintor de incendios...

—¡Lo tengo! —Riley agarró la boquilla—. Si abres la puerta...

Juliet hizo lo que se le dijo. Riley apuntó con la manguera a la primera planta en llamas y la roció con el spray. Luego la siguiente. Luego la siguiente. Oyeron sirenas a lo lejos, acercándose.

—Justo a tiempo —gritó Bob, corriendo de vuelta a la habitación—. El departamento de bomberos está aquí.

Dejando a Bob con el extintor para asegurarse de que todo estaba apagado, Juliet y Riley bajaron corriendo por las escaleras, pasaron por las desconcertadas —y vestidas en pijama— mujeres de MB reunidas en la oscura sala de estar, y salieron por la puerta justo cuando un camión de bomberos de Maris se estacionaba en la calle.

—¡Por aquí! —gritó Juliet mientras los bomberos inspeccionaban el árbol en llamas. Un bombero limpió los escombros del área. Otro alumbró con una linterna gigante la escena. Dos hombres apuntaron con la manguera mientras un camión de un pueblo vecino también se aproximaba.

No fue un incendio enorme; en pocos minutos las llamas desaparecieron. Unas pocas columnas de humo se elevaron hacia el agitado cielo. Bob, con su linterna, bajó para hablar con los bomberos sobre la propiedad. Juliet llevó a Riley a la cocina, donde un generador de reserva alimentaba el refrigerador y algunas luces. Usando la estufa de gas y un cerillo, Juliet preparó chocolate caliente para los bomberos. Riley ayudó a distribuir bombones y llevó las tazas afuera. La lluvia había casi cesado, pero seguía lloviznando lo suficiente como para que los hombres se pararan en el pórtico a beber sus tazas.

—¿Sabes? —dijo un joven—, este chocolate caliente está muy, muy bueno... ¿lo haces frecuentemente? Podrías venderlo.

—Oh, sólo me meto en la cocina ocasionalmente —dijo Juliet. Uno de los hombres mayores, que había estado más tiempo en la zona, echó la cabeza hacia atrás y se rió.

Los bomberos se terminaron sus bebidas, se despidieron con la mano, se subieron a sus camiones y se alejaron. Mientras desaparecían en la profunda oscuridad, Juliet y Riley escuchaban la lluvia que goteaba silenciosamente. Luego, después de un minuto, volvieron a entrar. Juliet buscó en el cajón del vestíbulo hasta que encontró un encendedor. Encendió tres velas. Luego se dirigió a las mujeres de MB que aún seguían inmóviles, tanto a las del piso de Riley como a un puñado de otras que se habían despertado con las sirenas.

—Bueno, no sé ustedes, pero a mí me gustaría algo más fuerte que el chocolate caliente. ¿Qué les parece?

Esto fue secundado inmediatamente. Juliet trajo unas cuantas botellas de la bodega. Le dio una a Nadia. Riley sabía poco de vinos, pero todos los que habían estado en Napa adoraban este merlot en particular. Juliet tomó diez copas de la vitrina y descorchó una botella. Nadia lo probó. Asintió. Perfecto. A la luz de las velas, el vino rojo oscuro

brillaba con una audacia memorable. Riley miró un juego de portavasos en la mesa de café. Estaba escrito en ellos en caligrafía: “Siempre estás eligiendo”. Levantaron sus copas. Brindaron porque el fuego no había hecho mucho daño.

—¿Sabes, Riley? —bromeó Nadia—, te he estado observando desde que golpeaste mi puerta y aún no has revisado tu teléfono. Creo que nunca antes te había visto aguantar media hora...

—¡Oh! —Riley buscó su bolsillo, pero llevaba pants. No había bolsillos. En realidad no tenía ni idea de dónde estaba su teléfono. ¿En su habitación? ¿Bob lo puso con su maleta? Sintió a Juliet mirándola—. Sí, bueno... —se detuvo—. Cuando hay algo más importante que hacer, ¿cierto? Infinitos desórdenes. Tiempo limitado...

Juliet sonrió. Su brazalete captó la luz mientras se llevaba la copa a los labios.

Capítulo 10

Riley se despertó más tarde de lo que había planeado a la mañana siguiente. Oyó ruido, voces, el murmullo de sus colegas y el zumbido de una máquina de café expreso en la cocina. Miró el despertador parpadeante que tenía a su lado. La energía debía haber vuelto. Ella se sentó. ¿Dónde estaba? El sol corría por las ventanas. Una, que miraba hacia el océano, estaba abierta, y una fría brisa le erizaba el pelo. El aire contenía sólo una pizca de humo. Recordó que después del incendio, después del merlot nocturno, Bob la ayudó a mudarse de la habitación de las estrellas de mar a una habitación más pequeña en el piso principal. Se forzó a salir de debajo del edredón y se puso sus jeans secos y una sudadera antes de que le diera frío. Atraída por el olor del café, abrió la puerta y se escabulló tan silenciosamente como pudo en el crujiente suelo de madera hacia la zona común.

—¡Vaya, pero si es nuestro bombero! —dijo Nadia mientras Riley entraba, aún parpadeando. Las mujeres de MB levantaron sus tazas y vitorearon.

—Oh, por favor —dijo Riley.

—¡Ignorando sin miedo su correo electrónico para evacuar el ala sur y extinguir el arbusto ardiente!

—¡Hurra! ¡Hurra! —chocaron sus tazas mientras Riley se sonrojaba y encontraba una vacía, que llenó rápidamente. Buscó la crema por todas partes. Crema de verdad. A la mañana siguiente, después de haber previsto tomar decisiones difíciles para el futuro y apagar un incendio, se requería algo más fortificante que la leche descremada.

—Buenos días, Riley —dijo Juliet. La luz del sol que entraba por la ventana brillaba en su cabello castaño. Ella se paró, radiante, mientras Betsy y Faye se movían por la cocina. Pusieron en su plato huevo, tocino y brillantes y mantecosas galletas servidas

con pequeñas latas de mermelada hecha de fresas que la escuela cultivaba en una granja a unos cuantos kilómetros tierra adentro. Juliet las instó a todas a venir a la temporada de recolección en el verano.

—Bob dice que el daño no ha sido tan grave. Haremos que el servicio de arbolado venga a deshacerse de esas ramas más tarde. Y es tan agradable esta mañana, ya se siente más cálida. Pueden desayunar afuera si gustan.

Riley no necesitaba que la convencieran. Equilibrando un plato, su café y sus cubiertos, se dirigió al pórtico. Respiró profundamente mientras se sentaba. Todos los rastros de la tormenta de la noche anterior habían desaparecido, excepto las gaviotas que se lanzaban a examinar los detritos de la playa. El sol de la mañana brillaba en el mar tranquilo. Juliet tenía razón sobre el aumento de la temperatura; ya el viento había cambiado de frío a agradable. Unos cuantos pescadores se sentaron al final del muelle. Podía oír a los vecinos limpiando sus pórticos. Alguien gritó; un soplador de hojas arrancó. La ciudad de Maris estaba despertando. La mañana hizo que todo volviera a la normalidad. Incluso las ramas caídas del árbol en llamas habían sido apiladas ordenadamente, lo que demostraba el funcionamiento eficiente de La escuela de posibilidades de Juliet. Al final de la calle un hombre estacionó un camión con un remolque gigante. Salió y caminó hacia la parte trasera. Mientras Riley desayunaba, descargó una docena de bicicletas, una por una, en la banqueta.

Estaba perdida en sus pensamientos cuando Juliet asomó la cabeza unos minutos después.

—Lamento apresurarte —dijo—, pero acabo de hablar con Tom, y me dijo que ya casi está listo para llevarlas a todas a dar un recorrido en bicicleta por el paseo marítimo.

—Oh —Riley tomó un gran trago de su café. Respondió por costumbre—: Suena divertido, pero probablemente debería quedarme aquí y arreglar mi agenda de viaje para la semana y...

—¿*En serio?* ¿En serio, Riley? ¿*Eso* es lo que elegirías hacer en vez de un encantador paseo matutino?

—Bueno, cuando lo dices así...

—Entonces...

Riley se rió de sí misma y alzó las manos. Mientras uno de los ayudantes de Juliet le quitaba el plato, Riley siguió a la pequeña multitud de mujeres de MB en su vestimenta deportiva de fin de semana por la calle para agarrar una bicicleta.

El hombre que las estaba descargando saludó mientras se acercaban. Y mientras se acercaban, Riley no podía dejar de mirarlo. Era alto. Casi increíblemente rubio. Fuerte, con una cara áspera y ojos azul oscuro. Habló con un ligero acento mientras se presentaba.

—Soy Tom, he estado a cargo de Tom's Bikes, a unos cuatro kilómetros al sur de

aquí, y liderando paseos para los invitados de Juliet desde que me mudé de Copenhague hace dos años...

Riley sofocó una risa. No pudo evitarlo. ¿Dónde estaba Juliet? Ella miró alrededor, pero Juliet se había esfumado a alguna parte de su escuela. Riley tuvo que admirar la audacia de las intrigas de su anfitriona al recordar la descripción de su supuesto futuro esposo. Sí, a Juliet le gustaba imaginar *todas* las posibilidades.

No es que fuera una mala posibilidad. Ella no tenía ni idea de cómo era este hombre, pero ahí, en el malecón lavado por la tormenta, no importaba. Estaba contenta de pasar las siguientes horas reemplazando todos los pensamientos de la palabra *desafíos* en su cabeza con miradas a alguien que era increíblemente agradable a la vista.

Las mujeres de MB también murmuraban y susurraban mientras subían a sus bicicletas y seguían a Tom por el paseo marítimo. “Me habría vestido mejor si lo hubiera sabido.” Juliet acaba de garantizar que regresaremos el próximo año, “¿verdad, Nadia?” “¿Crees que podamos pedir un chef que se parezca a él también?” El paisaje, la alegría de la velocidad, las hacía flotar. El otoño había vaciado en su mayor parte la costa, por lo que podían ir por el muelle sin necesidad de esquivar los tumultos de visitantes de la playa. Podían sentir el viento frío que las despertaba, así como el expreso de Juliet. Riley había pedaleado hacia el frente de la línea cuando Tom retrocedió para andar en bicicleta a su lado.

—Juliet mencionó que tú eres el bombero, ¿es así?

Intentó decidir si sus ojos estaban más cerca del color del mar o del cielo.

—Oh, sólo un poco de emoción con la tormenta de anoche —dijo—. Nada importante.

—No de acuerdo con el relato de Juliet. En su versión, rescataste valientemente a todas tus colegas de sus habitaciones y luego te apresuraste a volver a la conflagración para apagar las llamas tú sola.

—¿Eso es lo que te dijo? —Riley trató de imaginarse a Juliet llamando a su vecino para plantar esta idea. Siempre trabajando su magia—. Sólo un pequeño trabajo con el extintor de incendios. Una vez apagué un incendio en mi dormitorio en la universidad, así que conozco el procedimiento.

—Igual —miró hacia atrás, a las mujeres de MB, extendidas a lo largo de varios cientos de metros en grupos de dos a tres. Todas lo estaban viendo entablar una conversación con Riley. Ella apenas se atrevía a pensar en las bromas que le harían más tarde—. Yo estaba en el equipo de bomberos voluntarios cuando estaba en la escuela. Sé que la mayoría de la gente no corre hacia las llamas.

—Veo problemas y trato de resolverlos.

Era verdad. Era lo que siempre había querido hacer. Fue lo atractivo de MB —su promesa de que podría resolver problemas importantes y compartir esas soluciones en un

escenario lo más grande posible—. Por un segundo, la imagen de Jean leyendo su revisión de desempeño se le iluminó en el cerebro. Pero ella no quería dejar que eso nublara sus pensamientos ahora. Simplemente quería dejar que su mente vagara. Se dejó flotar sobre el agua, las casas de la playa, los árboles brillantes del otoño.

—¿Te gusta andar en bicicleta? —preguntó Tom.

—Sí, aunque no lo he hecho...

—Salgo a dar largos paseos la mayoría de las mañanas antes de dar *tours*. Si alguna vez quisieras venir, eres bienvenida —sonrió y Riley no pudo evitar sonreír. Entonces Tom miró detrás de él a la fila de mujeres—. Oh, rayos, alguien se detuvo. Bien, ¡sigan adelante! Hasta el puente levadizo. ¡Las alcanzaremos o nos encontraremos ahí! —volvió para ocuparse del equipo atascado o del asiento sin alinear o lo que sea que le hubiera pasado a una de las colegas de Riley.

Riley siguió pedaleando. El amanecer era tan hermoso que no podía pensar más allá del cielo abierto. Respiró el aire fresco y salado. Mientras exhalaba, sus hombros se inclinaron hacia abajo. Su mandíbula se aflojó. Dejó que su cuerpo se deleitara en esta extraña sensación. ¿Estaba... *relajada*? No se había sentido así en mucho tiempo. Como si todo lo que estaba zumbando a su alrededor no importara. Como si pudiera ver con claridad. Como si su cerebro estuviera realmente trabajando mientras se alejaba de los dramas de la bandeja de entrada que podían no importar en un año. No estaba segura de cómo describir esta apertura. Era estimulante.

Pedaleó más rápido, a través de una ráfaga de viento que levantó nubes de hojas escarlatas caídas. Se preguntó cómo podría recrear toda esta arena, mar y espacio para Skip. Recordó la visión de su amiga radiante en el podio, y que la felicidad de décadas la hacía feliz. La hizo feliz ahí mismo. Ahora. Se concentró en esa felicidad. Ella quería ver esa felicidad. Se preguntaba cómo podría hacer posible eso, cómo podría elegir sus minutos para que esa visión se hiciera realidad. Debería llamar a Skip con más frecuencia. Reunirse con ella más a menudo. Entonces recordó que Skip mencionó que su compañera de cuarto se mudaría pronto. El contrato de Riley terminaría en unos meses. Tal vez debería ver si Skip estaba dispuesta a compartir su casa en Brooklyn. Estaba más lejos de la estación de tren, y podría ser más difícil encontrar un taxi al aeropuerto, pero se sentiría más como un hogar. Se imaginó caminando por todos esos mercados artesanales que Juliet describió, llevando víveres a la cocina en su casa de Brooklyn, donde Skip estaría revoloteando, contando historias de sus cargos en la escuela secundaria. Le gustaría tener compañía y...

Brooklyn. Home. Companion. En el cerebro barrido por el viento de Riley, esas tres palabras se agarraron la una a la otra. Las vio apilarse. Algo cuadró. Una imagen. Una posibilidad. Riley pedaleó un poco más fuerte. Al pensarlo, y al pensar en la logística, todo comenzó a tener sentido. Empezó a sonreír. Y luego empezó a sonreír un poco más.

El faro se asomó más adelante. “Oh, Skip.”
Puede que *finalmente* tuviera una idea.

Capítulo 11

—¿Brooklyn Home Companion? —preguntó Skip.

Riley paseaba por su habitación, alisando su edredón blanco mientras hablaba por teléfono, más emocionada de lo que hasta ella se había imaginado.

—Escucha, Juliet dijo que la gente está obsesionada con *todo* lo artesanal de Brooklyn. Sus hijas escriben artículos en el blog sobre encurtidos, y las visitas a la página son desorbitantes. Haz que tus niñas produzcan una revista sobre artesanías, comida, agricultura urbana, arte. También pueden escribir poemas y cuentos para ella, como esas viejas revistas de *Woman's Home Companion*. A la gente le encantan las cosas retro. De todos modos, las niñas aprenden a escribir y editar, a hacer gráficos y a publicar, y a ocuparse de la producción de una revista, pero el concepto es unas diez veces más moderno que el de una revista literaria promedio. La gente podría leerla, a diferencia de una publicación escolar normal. Y estarías posicionando tu organización sin fines de lucro en el centro de esta escena local.

—Suenas... intrigante.

—Y escucha, se lo mencioné a Juliet porque, ¿por qué no? Ya estoy aquí. Valía la pena intentarlo. ¿Y sabes lo primero que salió de su boca?

—No.

—Dijo: “Me encantaría ser consejera. ¿Crees que me querrían? Estaré encantada de ayudar”.

—Oh, Dios mío. Um, sí.

—Sí, ¿verdad? Entonces, ¿crees que eso es algo que le gustaría a tu financiador?

—Creo que... hay una posibilidad clara.

—Te reunirás con ella esta tarde, ¿verdad? —Riley miró el despertador junto a su

cama—. Dame una hora, y te enviaré una propuesta.

Riley colgó y sacó su laptop de su bolsa. Las mujeres de MB estaban en un pequeño descanso después de andar en bicicleta para refrescarse antes de su clase de álbum de recortes. Riley pensó que podría llegar tarde a la actividad. Quizá no le diera tiempo de bañarse, pero estaba de acuerdo con esa elección. Miró el número en su bandeja de entrada —1 459 mensajes no leídos— pero así seguiría. Sólo había un correo electrónico que saldría en la siguiente hora que le importaba de todos modos.

Sintió una oleada de energía cuando se sentó a trabajar: la emoción de la posibilidad al comienzo de cualquier nuevo proyecto. *Esto* es lo que ella sabía hacer. Al menos MB le había enseñado la habilidad de convertir una buena idea en una propuesta convincente. Y esta idea —que había surgido en su cerebro en un momento de absoluta claridad— no se parecía en nada a lo que el potencial financiador de Skip había visto. Riley revisó la entrada de Wikipedia sobre la revista *Woman's Home Companion*; sacó una cita de Gertrude Battles Lane, la editora durante el apogeo de la revista en las décadas de 1920 y 1930. La lectora “siempre está buscando nuevas ideas; debo mantenerla en contacto con los mejores. Su horizonte se extiende, su interés se amplía”. *Como las niñas de Skip*. Riley escribió las habilidades que aprenderían. Aportó estimaciones sobre los costos de impresión y distribución que había aprendido a través de una investigación tangencial que había realizado en una ya desaparecida publicación de People's Coffee Shops. Escribió sobre los lugares donde las niñas podían distribuir la revista: las bibliotecas, las ferias de artesanía y los lugares de producción, las cooperativas agrícolas. Escribió un plan de negocios sobre cómo la revista podría llegar a ser autosuficiente después del apoyo filantrópico inicial. Y luego reforzó el aspecto de la impresión. Por supuesto, todo estaba en digital en estos días. Pero el objetivo de la escena artesanal de Brooklyn era volver a las cosas reales, posibilitadas por la tecnología, pero también un poco más allá de ella.

Además, Juliet estaba dispuesta a poner su nombre en el proyecto. Así que eso ayudaba.

Terminó un borrador en cuarenta y cinco minutos, y luego pasó los siguientes quince minutos editándolo. Se maravilló de su propia ejecución. Envío el documento a Skip.

Unos minutos más tarde Skip respondió con un mensaje de texto lleno de corazones.

Así que la habían puesto en “Desafíos”, pensó Riley. Ella sabía que era buena en esto. Los poderes que reinaban en MB podrían sugerir su dimisión. Podrían cambiar su eufemismo y *exigirlo*. Ella estaría bien. Le encantaba encontrar problemas y resolverlos, y cuando era necesario trabajar, podía hacerlo más duro que cualquier otra persona. Siempre estaba eligiendo, y este trabajo era su vocación. Este trabajo era donde ella hacía su magia, y cuando se enfocaba en lo que ella podía hacer mejor, alcanzaba a ver lo que otros no podían.

Eso abría todo tipo de posibilidades.

Capítulo 12

Esa misma tarde las mujeres de MB se hicieron cumplidos las unas a las otras con los álbumes de recortes. Éstos se veían fabulosos, aunque gracias a la ayuda del personal, tan intensiva como la que habían recibido con el merengue la noche anterior.

Riley, por otro lado, aunque quince minutos tarde a clase, había pasado el tiempo restante interrogando a cada miembro del personal en la sala sobre técnicas de diseño de páginas, fuentes y texturas materiales complementarias. Tal vez se ofreciera como voluntaria con las niñas de Skip alguna vez. Si se iba a dedicar al negocio de las revistas, necesitaba entender más sobre la estética de lo que uno podía suponer por su alternancia de trajes azul marino y negro.

No paraba de pensar en *Brooklyn Home Companion* mientras trabajaba. A Skip le había gustado lo suficiente su propuesta como para que Riley tomara notas de los planes de respaldo: una docena de otras posibles fuentes de financiamiento si esta primera no funcionaba, y personas que ella conocía que trabajaban en cada uno de esos lugares, para que pudiera presentarles a Skip y conseguirle reuniones. Mostró a sus colegas su álbum de fotos de otoño, y sonrió a una presentación de Jean sobre los nuevos programas de formación de MB. Pero luego, mientras la gente comenzaba a empacar, ella se alejó por su cuenta. Tomó fotos de la escuela de Juliet, de la playa y del paseo marítimo. Los pájaros que graznaban, volando hacia el sur, la llenaron de una sensación de apertura. Tal vez hiciera un álbum de recortes del fin de semana. O sólo unas pocas páginas con esas palabras para recordarlas: “Las expectativas son infinitas. El tiempo es finito. Siempre estás eligiendo. Elige bien”. No podía explicarlo del todo, pero cada vez que repetía esa frase, las palabras parecían empujarla a probar cosas nuevas.

Finalmente regresó, con la mente puesta en la tierra mientras el sol se escondía detrás

de los árboles, anunciando la llegada de la tarde. Las colegas de Riley se reunieron para una ronda más de bebidas gaseosas. Brindaron por sus nuevas proezas domésticas antes de llamar a sus servicios de coche para que las llevaran a casa o, en algunos casos, al aeropuerto de Newark para los vuelos de los domingos por la noche a Europa. Esas reuniones de las nueve de la mañana en Londres, París y Frankfurt eran atractivas. Tal era el ritmo en MB. Aprendías a no salir de casa sin tu pasaporte.

Riley, de la misma manera, tenía su pasaporte en la bolsa, pero a la salida sus colegas la encontraron todavía de pie en el pórtico, mirando hacia el océano. No estaba preparada para dejar este lugar. Aún estaba ahí de pie cuando su teléfono sonó. ¿Debería ignorarlo? Luego miró el nombre.

Elsa.

Bastante extraño, lo más probable es que fuera un error de marcación de alguien que había expresado dudas sobre si volvería a hablar con ella. Pero respondió de todos modos.

—Elsa, soy Riley Jenkins. ¿Querías llamarme?

—Oh, sí, lamento interrumpir tu domingo... —Riley no respondió. Elsa sabía muy bien que cuando contrató a MB, los fines de semana eran un juego limpio—. De todos modos quería hablar contigo porque, bueno, parece que conocemos a alguien en común. Skip.

—¿Conoces a Skip?

—*Tú* no puedes hablar de tus clientes sin su permiso. *Ella* no puede hablar de financiadores potenciales que piden ser anónimos en el proceso de exploración, pero *yo* puedo ser una bocona y hablar con ustedes dos. De todos modos PCS estaba buscando invertir en algunas empresas filantrópicas y me encontré con ella en una fiesta hace unos meses...

—Así que estabas... ¿*Esa* fiesta?

—Hoy me mostró la propuesta para *Brooklyn Home Companion*. Pensé que era brillante —Riley respiró hondo. Empezó a responder, pero Elsa continuó—. Permíteme decirte que nunca he visto propuestas tan empresariales de las organizaciones sin fines de lucro con la que me he reunido. Incluso aquellas con becas profesionales para escritores. Salvarán el mundo, pero no piensan en la sostenibilidad de sus proyectos si no pueden seguir recaudando fondos... De todos modos ella confesó libremente que su amiga Riley Jenkins, extraordinaria asesora de empresas, era el cerebro detrás de la operación.

Riley se sonrojó. Caminó hasta el otro extremo del pórtico y se apoyó en la barandilla mientras veía a una pequeña tripulación lanzar un barco desde el muelle.

—Oh, ya sabes, sólo la ayudé a afinar la idea.

—No, ella dijo que fue idea *tuya*. Y dijo que fuiste quien convenció a Juliet para que

se subiera a bordo como asesora. No creo que tenga que decirte lo emocionada que estaría de estar asociada con ella en algo como esto.

Riley se recuperó. “Concéntrate en el resultado deseado.”

—Bueno, si te has revelado, espero que no te importe que te presione para que consideres la posibilidad de financiar la propuesta. Skip es asombrosa, y sus niñas realmente merecen más oportunidades y...

—Puedes parar, Riley. Ya le dije que es buena. Diablos, si es lo suficientemente buena, podríamos distribuirla en nuestras tiendas. Quiero decir, hemos necesitado algo desde que nuestra propia publicación interna no funcionó.

—Bueno... bueno... eso es maravilloso. Estoy emocionada. Gracias. Creo que estarás orgullosa de lo que hacen.

—Y también quiero disculparme. Recuerdo que ayer, ¿fue ayer? Puede que me haya quejado de tu falta de ideas interesantes —Riley se sentó en una de las mecedoras. Sí, eso fue ayer—. No sé qué pasó con la propuesta que me enviaron el viernes, pero tal vez podamos hablar de nuevo. Tal vez no nos estábamos escuchando la una a la otra. Estoy segura de que si charlamos un poco más podremos encontrar algunas cosas buenas que tú y MB podrían hacer por PCS. ¿Verdad?

—Por supuesto —dijo Riley—. Por supuesto.

Capítulo 13

Cuando Juliet salió al pórtico unos minutos más tarde, Riley seguía sentada en la mecedora. Estaba mirando fijamente su celular, pero alzó la vista mientras un camión retumbaba por la calle. Vio a Juliet mirándola.

—¿Sigues limpiando tu bandeja de entrada? —Juliet agitó la cabeza y ajustó la corona de hojas de la puerta.

—Oh, no, sólo un poco de logística —Riley se levantó y puso el teléfono en su bolsillo—. Iba a ir a mi coche en un minuto. Pero adivina qué. Me llamó el cliente que me rechazó.

—¿Sí?

—Resulta, me dijo que podía decírtelo, que ella fue la financiadora que se reunió con mi amiga. Estuvieron de acuerdo en financiar *Brooklyn Home Companion*, y ella estaba tan entusiasmada con esto, y con el hecho de que tú fueras una asesora, que quería que me reuniera con ella y hablara de otras ideas que pudiera tener. Así que... gracias. Por salvar mi carrera.

—Oh, Riley. Sólo digo que sí a lo que realmente quiero hacer. ¿Puedes creer que pueda estar tan emocionada como tú por este proyecto? —Juliet regresó unos cuantos cojines perdidos y enderezó las conchas que se mostraban en una mesa—. Y en cuanto a otras posibilidades, sospecho que tú y MB podrían encontrar la forma, podrían *seguir* encontrado formas, de estar contentos el uno con el otro.

—Sí. Le dije a mi cliente que iría a verla para una larga plática el martes.

Juliet se detuvo, concha en mano.

—¿Martes? En mi mente, Riley Jenkins es más del tipo de persona que se presenta los lunes por la mañana.

—Sí, pero las expectativas son infinitas. El tiempo es finito —dijo Riley—. Acabo de hacer una reservación de hotel para esta noche en un lugar a un kilómetro y medio de aquí. Mi cliente quiere buenas ideas, y parece que tengo buenas ideas mientras ando en bicicleta, así que... —sus ojos brillaban—. Quiero dar un paseo en bicicleta muy, *muy* largo a primera hora de la mañana.

—¡Oh! —Juliet se rió y volvió a poner la concha sobre la mesa—. ¡Imagina eso! ¿Un paseo en bicicleta? ¿Sólo por ideas? ¿O quizá con... compañía?

—Quizá —dijo Riley con una sonrisa—. Pero *esa* es mi máxima prioridad del día. Espero estar eligiendo bien.

El poder de las prioridades

Una guía para dedicar más tiempo a lo que importa y menos a lo
que no importa

por
LAURA VANDERKAM

Durante años he estado estudiando los horarios de las personas y ayudándoles a encontrar la manera de dedicar tiempo a sus prioridades. Escribí *La escuela de posibilidades de Juliet* porque sé que a veces las historias hacen que los conceptos sean más memorables que las instrucciones directas.

Gracias por tomarte el tiempo para leer esta fábula. Sé que las expectativas son infinitas, y el tiempo es finito. Sé que estás ocupado. Aprecio que hayas elegido hacer de la lectura de esta historia una prioridad en tu vida.

Espero que la transformación de Riley Jenkins te inspire a pensar en tu propio futuro, y cómo puedes tomar decisiones con tu tiempo para convertir esa visión en realidad. Los ejercicios de esta guía te ayudarán a pensar en cómo pasas tu tiempo, y cómo te gustaría pasar tu tiempo.

PRIMERO, MIREMOS HACIA ADELANTE.

En su fin de semana en La escuela de posibilidades de Juliet, Riley Jenkins vislumbra un futuro en el que se siente realizada tanto profesional como personalmente. Ella está teniendo un impacto positivo en el mundo en general.

Tómate un tiempo de tranquilidad e imagínate unos años en el futuro. Debido a que Riley es tan joven, su visión la llevó unas cuantas décadas hacia el futuro; aquellos de nosotros que somos mayores no necesitamos ir tan lejos. Pero crea una imagen de ti

mismo en este momento futuro. Te sientes feliz y relajado. Estás utilizando tu tiempo de manera útil. Haz que esta imagen sea lo más vívida posible. ¿Dónde estás? ¿Quién está contigo? ¿Cómo pasas tus días entre semana? ¿Tus fines de semana? Escribe tus respuestas en una hoja o cuaderno.

Ahora piensa en esa gente que está contigo. Imagínatela celebrándote por el impacto que has tenido en ella y en el mundo. Piensa en un brindis o en un discurso que puedan dar. ¿Qué dirían? Cuando pienses en este discurso de celebración, haz una lista de los principales ejemplos de impacto profesional y personal en una hoja.

AHORA PODEMOS AVANZAR HACIA UN FUTURO MÁS INMEDIATO.

En el frente profesional, imagínate al final del próximo año. Estás haciendo tu revisión profesional de desempeño. Es una gran revisión, porque ha sido un gran año. Has hecho grandes avances hacia las metas futuras que enumeraste anteriormente. ¿Cuáles tres cosas hiciste durante el año que lo hicieron tan asombroso? Escríbelas en un papel o libreta.

También puedes hacer esto para tu vida personal. Imagínate al final del próximo año. Eres un invitado en una fiesta navideña. Estás contando felizmente tu año anterior a tus amigos y familiares. ¿La razón de tanta felicidad? Ha sido un año increíble para ti y para la gente que te importa. Has hecho un progreso constante hacia la visión de tu futuro que creaste antes. ¿Qué tres cosas hiciste durante el año que lo hicieron tan asombroso? Escríbelas en un papel o libreta.

Durante los próximos meses, estos seis objetivos de fin de año deben regir tu horario. Piensa en la próxima semana. Escribe tus respuestas en una hoja o cuaderno.

¿Qué pasos podrías dar hacia cada una de estas metas?

¿Dónde podrías poner estos pasos en tu agenda?

¿Cómo te harás responsable de lograrlos?

Mientras reflexionas sobre tus prioridades, creo que es útil averiguar a dónde va el

tiempo realmente *ahora*. Tener un sentido claro de tu horario te ayudará a tomar decisiones inteligentes.

La mejor manera de saber adónde va el tiempo es hacer un seguimiento de tu tiempo durante una semana. Aquí hay una imagen de un registro de tiempo dividiendo la semana de ciento sesenta y ocho horas en bloques de media hora. Para hacer un seguimiento de tu tiempo en un registro de este tipo, anota lo que estás haciendo, revisa el horario de tres a cuatro veces al día para completar lo que has hecho desde la última vez que anotaste algo. Las categorías amplias son correctas —trabajar, dormir, conducir, preparar la cena, jugar con los niños— porque la consistencia es más importante que documentar cada minuto.

Si deseas una versión más grande de este registro en Excel o PDF, por favor visita mi sitio web, <LauraVanderkam.com>, y llena el formulario de suscripción para que pueda enviarte uno por correo electrónico.

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado	Domingo
5 A.M.							
5:30							
6							
6:30							
7							
7:30							
8							
8:30							
9							
9:30							
10							
10:30							
11							
11:30							
12 P.M.							
12:30							
1							
1:30							
2							
2:30							
3							
3:30							
4							
4:30							
5							
5:30							
6							
6:30							
7							
7:30							

	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	Sábado	Domingo
8							
8:30							
9							
9:30							
10							
10:30							
11							
11:30							
12 A.M.							
12:30							
1							
1:30							
2							
2:30							
3							
3:30							
4							
4:30							

Después de que hayas hecho un seguimiento de tu tiempo, hazte algunas preguntas sobre tu horario:

1. ¿Qué es lo que más me gusta de mi tiempo?
2. ¿Qué me gustaría pasar más tiempo haciendo?
3. ¿Qué me gustaría pasar menos tiempo haciendo?
4. ¿Qué pasos puedo tomar para hacer esos cambios?

Escribe tus respuestas en una hoja o cuaderno. ¡Me encantará saber lo que descubras! Puedes enviarme un correo electrónico a:

laura@lauravanderkam.com

Preguntas para discutir en grupo

La forma en que elegimos pasar el tiempo afecta a todos los que nos rodean. Si has leído *La escuela de posibilidades de Juliet* con tu equipo o con otros miembros de una organización profesional o social, pueden reunirse en grupos pequeños (idealmente de cuatro a ocho personas) para discutir estas preguntas.

- De camino a su retiro, Riley se da cuenta de que ha decepcionado a las personas más cercanas a ella, tanto personal como profesionalmente. ¿Alguna vez tú (o alguien del grupo) has tirado la toalla cuando te sentiste abrumado? Al mirar hacia atrás en esta experiencia, ¿qué circunstancias llevaron a esta situación de sentirte abrumado? ¿Qué decidiste hacer de diferente debido a esto?
- La debilidad particular de Riley era tratar de responder a todos los correos electrónicos instantáneamente, pero muchas actividades pueden consumir más tiempo del que le gusta a la gente. Al pensar en cómo tú y tu equipo utilizan su tiempo, ¿qué actividades requieren más horas y energía de lo que crees que valen? ¿Por qué crees que consumen tanto tiempo?
- Si pudieras dedicar una hora adicional a una actividad profesional por semana, ¿cuál sería?
- Si pudieras dedicar una hora adicional a una actividad personal por semana, ¿cuál sería?

- ¿Dónde crees que podrías hacer tiempo en tu agenda para estas actividades?
¿Cuándo están haciendo tiempo para estas actividades los demás miembros del grupo?
- Juliet le recuerda a Riley que ella siempre está eligiendo cómo utilizar su tiempo, así que debe elegir bien. Piensa en un momento en el que tuviste que tomar una decisión difícil, o en el que tu equipo tuvo que hacerlo, sobre cómo utilizar el tiempo. ¿Qué decidiste hacer? ¿Cuáles fueron las ramificaciones?
- ¿Alguna vez has tenido que decepcionar las expectativas inmediatas de alguien para poder cumplir con otra más grande? ¿Cómo manejaste la situación? ¿Cuál fue el resultado?
- Riley piensa en la idea que salva su carrera mientras anda en bicicleta por el paseo marítimo. ¿De dónde y cuándo sacas tus mejores ideas? Recuerda cuándo tuviste una idea excepcional. ¿Cómo se te ocurrió esa idea? ¿Cuáles fueron las circunstancias, y cómo podrían ser replicadas?
- ¿Alguna vez te ha llegado una oportunidad cuando cambiaste la forma en que utilizabas tu tiempo?
- Pensando en la próxima semana, ¿qué cambio te gustaría hacer en tu agenda para dedicar más tiempo a tus prioridades?
- ¿Quién en el grupo puede asegurarse de que hagas este cambio?
- Revisa una semana después. ¿Hiciste el cambio en tu horario? Si es así, ¿qué hizo posible ese cambio? Si no hiciste el cambio en tu horario, ¿por qué no? ¿Cómo podrías hacer frente a estos desafíos?



Una fábula encantadora que cambiará tu vida y te ayudará a repensar tu enfoque sobre el tiempo, las prioridades y las posibilidades.

Riley Jenkins es una consultora ambiciosa y trabajadora de veintinueve años que está acostumbrada a toda una vida de evaluaciones casi perfectas, hasta que recibe una terrible evaluación de desempeño de su jefe. ¿Cómo es eso posible cuando Riley hace todo lo que sus clientes quieren, incluso responde a sus correos electrónicos las 24 horas del día, los 7 días de la semana, más rápido de lo que esperan?

A pesar de sus horas de locura y atención a los detalles, Riley no puede producir el trabajo atento que sus clientes esperan, y ahora tiene treinta días para dar resultados y cerrar un trato importante, o la despiden. Mientras tanto, su vida personal también está al borde del desastre, y su novio y amigos cercanos pierden la paciencia con su falta crónica de disponibilidad.

Lo último que Riley quiere, en un momento tan estresante como éste, es asistir a un retiro de liderazgo para mujeres de su empresa en un lugar llamado La escuela de posibilidades de Juliet. Sin embargo, en poco tiempo, Riley se encuentra intrigada por Juliet, la experta en estilo de vida que organiza el retiro. ¿Cómo es que una madre soltera de dos hijas dirige un negocio exitoso mientras actúa como si tuviera todo el tiempo del mundo? La respuesta puede estar en una de las frases de Juliet: “Las expectativas son infinitas. El tiempo es finito. Siempre estás eligiendo. Elige bien.”.

Al final de esta historia, te unirás a Riley para repensar el equilibrio entre tu presente y tu futuro, entre las cosas que debes hacer y las cosas que quieres hacer. Al igual que Riley, puedes liberarte de sentirte abrumado y perseguir tus mayores posibilidades.



Laura Vanderkam es autora de los bestsellers *168 Hours*, *I Know How She Does It*, *Qué hace la gente exitosa antes del desayuno* y *Qué hace la gente exitosa con su tiempo libre*. Su TED Talk de 2016, “How to Gain Control of Your Free Time”, tiene más de 5 millones de reproducciones. Su trabajo ha aparecido en *The Wall Street Journal*, *The New York Times*, *Fortune* y otras publicaciones. Vive con su esposo y sus cuatro hijos en las afueras de Filadelfia.

www.lauravanderkam.com

La escuela de posibilidades de Juliet
Una breve historia acerca del poder de las prioridades

Título original: *Juliet's School of Possibilities*
Publicado por acuerdo con Portfolio/Penguin, un sello de Penguin Random House LLC

Primera edición digital: octubre, 2019

D. R. © 2019, Laura Vanderkam

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C.P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House / Amalia Ángeles, por el diseño de portada

D. R. © iStock, por la ilustración de portada

D. R. © Michael Falco, por la fotografía de la autora

D. R. © Elena Preciado, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro
(Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://cempro.com.mx>)

ISBN: 978-607-318-638-4

Penguin
Random House
Grupo Editorial



[/megustaleermexico](https://www.facebook.com/megustaleermexico)



[@megustaleermex](https://twitter.com/megustaleermex)

Conversión eBook:

Índice

La escuela de posibilidades de Juliet

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

El poder de las prioridades

Preguntas para discutir en grupo

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos

Índice

La escuela de posibilidades de Juliet	3
Capítulo 1	5
Capítulo 2	11
Capítulo 3	16
Capítulo 4	22
Capítulo 5	27
Capítulo 6	31
Capítulo 7	35
Capítulo 8	39
Capítulo 9	45
Capítulo 10	50
Capítulo 11	55
Capítulo 12	58
Capítulo 13	61
El poder de las prioridades	63
Preguntas para discutir en grupo	69
Sobre este libro	71
Sobre la autora	72
Créditos	73